

GFS-143-B

Juan y Manuela  
(mecnogrfado)

JUAN Y MANUELA

---

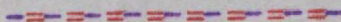
Juego de comedia en tres actos,  
original y en prosa.

---

ACTO PRIMERO.

---

# JUAN Y MANUELA



Juego de comedia en tres actos,  
original y en prosa. --

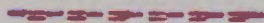


ACTO PRIMERO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

## PERSONAJES



MANUELA. . . . .

VALENTINA. . . . .

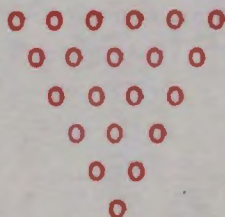
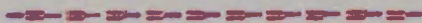
JAVIER . . . . .

JUAN . . . . .

GASPAR . . . . .

La acción en Madrid.

Epoca actual.





## ACTO PRIMERO

---

El despacho de trabajo de Javier Robledo. Algo desordenado, pero lujoso. Estanterías con muchos libros; legajos en sillas y estanterías. Mesa de despacho con papeles en profusión: tras ella, gran sillón de vaqueta. En el otro extremo de la estancia, amplios sofá y sillones y una mesa cuadrada, como de tresillo, cubierta por una manta zamorana. Sobre ella un florero vacío, unos ceniceros y unas fotografías. En los muros, un tapiz y algunos cuadros. Una puerta en cada lateral y gran balcón en el fondo. Cuando se levanta el telón, se halla el despacho casi en la obscuridad; únicamente al través de la persiana y del estor que cubre el balcón, se deslizan unos cuantos rayos de luz. Suena el timbre del aparato telefónico colocado en la mesa de trabajo. A poco, entra por la izquierda GASPAR, criado viejo con largas patillas blancas, que acude al teléfono.

---

GASPAR.-

¿Quién?... No me diga más, señorita Valentina... ¿Por la voz? No; Por la voz yo no conozco a nadie. Por la hora. Yo

conozco a la señorita por la hora... ¿Cómo? ¡Ah! No sé qué hora es. Es la hora en que estamos siempre más ocupados... ¡No! Yo no he querido decir... ¿El señor? Está en el cuarto de baño; no sé si podrá venir. Espere un momento la señorita.

(Se acerca a la puerta de la derecha, llama con los nudillos y dice:

¡Señor! Es la señorita Valentina: que desea hablar con el señor para un asunto urgente.

JAVIER.-

(Dentro)

Dile que no sea peina y que me llame luego.

GASPAR.--

(Dando nuevos golpecitos en la puerta.

¡Señor! Es la señorita Valentina, que desea hablar con el señor...

JAVIER.-

(Dentro, más fuerte)

¡Ya lo oigo! ¡Dile que llame luego!

GASPAR.--

(Hace un gesto de resignación y vuelve a llamar con los nudillos.

¡Señor!...

JAVIER.-

(Dentro, con voz muy fuerte)

¡¡Que llame luego!!



GASPAR.-

(Nuevo gesto parecido al anterior. Abandona la puerta y se dirige al teléfono.

Señorita... No, señorita; soy yo: Gaspar. He llamado al señor, pero no me contesta.

JAVIER.-

(Dentro, indignado)

¡¡Gaspar!!

GASPAR.-

(Al teléfono)

Sí, señorita. Se conoce que está medio sordo o que se ha quedado dormido. Yo se lo diré. Descuide la señorita.

(Coloca el auricular en el aparato, sonriente. En el mismo momento, se abre la puerta de la derecha y aparece JAVIER, -cincuenta años, buena figura,- a medio afeitado y envuelto en blanco albornoz.

JAVIER.-

¡Pero, Gaspar!...

GASPAR.-

(Sin inmutarse)

Vamos, señor, ¡ya era hora! La señorita Valentina que quería...

JAVIER.-

¡Ya te lo oí, hombre de Dios!

GASPAR.-

Como el señor no contestaba... ¡Bueno, es igual! Quería la señorita...

JAVIER.-

Hablarle con urgencia... como todos los días.

(Ya más calmado)

Y te ha dicho ahora que la llame yo en cuanto pueda al uno cinco siete nueve dos.

GASPAR.- Pues, no señor; pues lo que es eso no me lo ha dicho; y mire el señor que yo, de oído, me lo juego con cualquiera.

JAVIER.- (Riendo ya)

¿Qué te ha dicho entonces?

GASPAR.- Que ella luego llamará al señor.

JAVIER.- ¡Acabáramos! Que es lo que yo deseaba.

(Léndose hacia la derecha)

Tráeme el desayuno, mientras que termino. Y, antes, llévate esa ropa.

(Gaspar hace un gesto de asentimiento y desaparece por la derecha detrás de Javier. Hay una brevísimas pausa. Vuelve a salir Gaspar por donde se fué. Trae al brazo un traje de etiqueta y, en una mano, un par de zapatos de charol. Cruza la escena; y cuando va a desaparecer por la izquierda, vuelve a sonar el timbre del teléfono. Entonces deja el traje sobre el brazo de un sillón. y se dirige lentamente al aparato.)

GASPAR.- El progreso, el progreso... ¡Con lo



bien que vivíamos antes sin el progreso!

(Tomando el auricular)

¿Quién? ¿Que si es el limpiabotas de la calle del Clavel? ¡No señora!

(Deja caer el par de zapatos que conservaba en la mano.

¡Aquí no recibimos recados para nadie!

(Deja, malhumorado, el aparato)

Pues, ¡no faltaba más! Mira que preguntar por el limpiabotas...

(Se agacha y recoge los zapatos)

Me están ocurriendo unas cosas este veranito...

(Toma del sillón la ropa y hace mutis por la izquierda.

JAVIER.-

(Dentro, canturreando)

"¡A beber

a beber y apurar

las copas del licor!..."

(Suena otra vez el teléfono; y sale JAVIER, ya con la cara limpia, y en camisa y pantalón.

También el teléfono está pegajoso.

(Se pone al aparato)

¿Qué? Sí señora; ahora se pondrá...

De nada, señora.

(Deja el auricular sobre la mesa.  
(Va al interruptor de la luz y enciende la lámpara del centro.  
(Luego, toma de la mesa cuadrada un periódico y se sienta en un sillón, comenzando a leer.

GASPAR.-

(Entrando por la izquierda, con una bandeja, con taza servida y unos bizcochos.

¡El desayuno, señor!

JAVIER.-

Es verdad.

(Señalando al teléfono)

Preguntan por tí...

GASPAR.-

(Extrañado)

¿Por mí?

JAVIER.-

¡Ah! No sé... Como dijeron no sé qué del limpiabotas...

(Gaspar va al teléfono y encaja en él, con violencia, el auricular.

¡No hay que enfadarse, hombre!

GASPAR.-

Yo seré limpiabotas, y a mucha honra, de señor. Pero, privadamente. Esa señora me ha equivocado el número.

JAVIER.-

...Que es lo que les ocurre a todos los que se equivocan por teléfono.

(Se sienta a desayunar ante la mesita.

No debías tener mal genio, Gaspar. Mira;

Tráeme el cuello y el pijama que, sin arreglar, no me saben las cosas.

GASPAR.-

(Haciendo mutis por la derecha,  
(cuya puerta quedó abierta antes.

Mal genio... Ya le diría yo al que inventó ese chisme...

JAVIER.-

¡Pobre Gaspar! Víctima de la voz ajena, que llega a nuestro oído; y no sabes, infeliz, que la peligrosa, la que se esconde en corrillos y se parapeta en las sombras, pertenece a todas las edades.

GASPAR.-

(Volviendo a salir)

El cuello.

(Le entrega un cuello con la corbata ya puesta.

JAVIER.-

(Levantándose y poniéndose el cuello, mientras que se mira en un espejito de bolsillo que ha sacado Gaspar.

Gracias. ¡El espejo es la gran invención de <sup>los</sup> siglos antiguos!

GASPAR.-

Bastaba con mirarse en un arroyo; ¡pero transijo con esos siglos que el señor dice!

JAVIER.-

Y en cuanto al pijama...

(Lo dice mientras que Gaspar le ayuda a ponérselo.



GASPAR.- ¡El pijama es el gran insulto del siglo XX!

JAVIER.- (Jocoso)

Gaspar: que me ofendes.

GASPAR.- Al señor querría yo verle con uno de aquellos camisones de su señor atuelo. Eso era señorío, hasta en la cama.

JAVIER.- Pero no para salir al despacho.

GASPAR.- (Va a contestar, pero se contiene (por respeto y cambia la conversación y el tono.)

¿Le parece que descorra las persianas?  
Son ya las diez y...

JAVIER.- (Que ha vuelto a desayunar)

Eres terco como un baturro. ¿No te dije que todo cerrado?

GASPAR.- Como hace un día tan hermoso...

JAVIER.- Para los días hermosos de verano, todo cerrado, Gaspar. Ya tendremos tiempo de abrir por la noche.

GASPAR.- Son ganas de llevar la contraria a la naturaleza.

JAVIER.- A la naturaleza... y a las compañías de electricidad. Durante el día, enciendes esta luz.

GASPAR.- Y por la noche, la apago. Comprendido.

JAVIER.- Por la noche, enciendes todas las demás.

(Ríe con risa simpática)

Tienes que ir aprendiendo a veranear en Madrid. Vamos: tapa hasta el último resquicio. Que no penetre ni un solo rayo de sol; ¡y que no se enteren los poetas!

GASPAR.- Bien, bien. Si a mí, comprenderá el señor...

(Cierra la persiana y corre el estor.)

Lo hacía por ahorro; por este maldito afán de ahorro que me consume. Y de los poetas, no tenga el señor cuidado: aquí no pasa ni uno.

JAVIER.- ¿Quiénes son tus poetas?

GASPAR.- ¿Quiénes van a ser? Los que a diario intentan abusar de la generosidad del señor.

JAVIER.- Esos no son poetas: son sablistas... ¡y no hay que confundir, Gaspar!

GASPAR.- Yo, como ellos, ~~se~~ se lo llaman... ¿Terminó ya el desayuno? ¿Saldrá esta mañana?

JAVIER.- No; tengo mucho que trabajar. ¿Has entendido? no estoy para nadie. ¡Ab ~~se~~ -

solamente para nadie! ¿No ves cómo me abruma los papeles? ¿Cómo me esperan impacientes estos legajos?... ¿Qué? ¿No lo crees?

GASPAR.- ¡Pues no lo voy a creer! Lo dice el señor, y basta. Pero el secretario del señor Gutiérrez, vino ayer tarde y se los quería llevar.

JAVIER.- ¿Los papeles?

GASPAR.- Los legajos. Decía que no podían esperar más tiempo.

JAVIER.- ¿Ves cómo me esperan impacientes? Anda: llévate el desayuno y déjame trabajar. Y ya lo sabes...

GASPAR.- Sí, sí... El señor no está para nadie.

JAVIER.- ¡Para nadie, en absoluto!

GASPAR.- Y... ¿si viene la señorita Valentina?...

JAVIER.- ¿No te ha dicho que llamará por teléfono?

GASPAR.- Por eso me temo que venga. Las mujeres nunca dicen la verdad a sabiendas.

JAVIER.- Pero, ¿qué daño te han hecho las mujeres?

GASPAR.- Las considero a todas de este siglo.

(Toma la bandeja y va hacia la puerta.)

De modo que... si viene la señorita...

JAVIER.- La haces pasar, y que se munda el tra-



bajo.

GASPAR.- Ya, ya. Pues delo el señor por sucumbido.  
(Va a hacer mutis y, cuando ya es  
(tá en la misma puerta, le llama  
(Javier.

JAVIER.- (Guiñándole un ojo)

Oye, Gaspar. No me dices nada. ¿Y el  
nuevo matrimonio?

GASPAR.- (Con cómico desaliento)

¡Oh!... De eso... más vale no hablar.

JAVIER.- (Riendo)

¿Unos tórtolos?

GASPAR.- Unos enamorados, que es mucho peor.

(Vuelve, deja resueltamente la  
(bandeja en la mesa y dice con  
(mayor vehemencia que en el res-  
(to de la escena.

Pero, ¡qué tirria le he tomado yo al  
señorito Juanín, desde que se casó con  
la niña!

JAVIER.- Con la señorita Manuela, Gaspar. Tienes  
que irte acostumbrando.

GASPAR.- Para mí siempre será la niña. Muy res-  
petada, eso sí. ¡La hija del señor! Pe-  
ro muy querida también; que es la hija  
de aquella santa que... -¡vamos!, con el  
debido respeto,- no le guarda el señor a

su memoria toda la consideración que merece.

JAVIER.- ¡Gaspar!

GASPAR.- Ya he desbarrado. Perdón. No sé adonde iba.

JAVIER.- Ibas hacia el señorito Juanín; pero desca  
rrilaste en el camino y, con el mayor res  
peto, me diste a mí el palmetazo.

GASPAR.- ¡Eso es! El tal Juanín nos ha resultado  
todo un caballero...

JAVIER.- ¡Hombre! ¡Gracias a Dios!

GASPAR.- Todo un hombre de bien, lo confieso. Y,  
para colmo de calamidades, la quiere de  
verdad, la quiere por derecho...

(Gimoteando)

y hasta es capaz de hacerla feliz.

JAVIER.- ¿Y eso te preocupa, Gaspar? Eso tiene  
que llenarnos a los dos de tranquilidad  
y de satisfacción.

GASPAR.- Al señor, sí; que para eso es su padre...  
y no ha lidiado con ella. ¡Pero a mí,  
que no tenía otro consuelo que el de su  
cariño y el de tenerla a mi lado...aun-  
que fuese para regañar siempre con ella!

...



JAVIER.-

(Riendo)

Manolita te quiere igual.

GASPAR.-

Sí; me quiere igual; pero se retrata con el otro.

JAVIER.-

¡Es lo lógico! El día del casamiento...

GASPAR.-

Y el retrato que el señor tenía aquí de nosotros dos, -¡de ella y de mí!- cuando ella estaba sentada en mis rodillas, lo ha cambiado por ese otro, de los dos... ¡que ni del brazo están!

JAVIER.-

Es la cursilería obligada de las bodas. Y yo no tenía más remedio que rendir este tributo a la novedad...

GASPAR.-

...Y arrinconar los trastos viejos, tiene razón.

JAVIER.-

Arrinconarte, no; que te he llevado a mi alcoba. Así te tengo presente... ¡hasta en mis insomnios! ¡Qué insomnios, Gaspar! No duermo nada.

GASPAR.-

Pues, si no duerme el señor, ya se enteraría de la hora en que vinieron los señoritos.

JAVIER.-

No; de eso no me da cuenta.

GASPAR.-

¡Pero, si rompieron al entrar el floreo del vestíbulo! Debieron de tropezar



JAVIER.- Pues, no; no me discuenta...

GASPAR.- ¡Lo oí yo; ya está dicho todo! Lo que pasa es que, a las tres de la madrugada, el que estaba desvelado era un servidor.

JAVIER.- Y yo, Gaspar. ¡Claro que lo oí! Claro que lo oí, ¡qué tontería! Lo que ocurrió fué que me lavaba; me lavaba con agua caliente para atraer al sueño. Y, ¡claro, el ruido del agua me impidió percibir con toda ~~exactitud~~ exactitud...

GASPAR.- Sí, sí... Al señor le pasa lo que a mí. Lo que yo no oiga... Lo que yo no oiga... ¡es lo que no quiero oír! Conque, ya lo sabe el señor: ¡a las tres de la madrugada volvieron don Juanito y la niña!

JAVIER.- ¡Te he dicho que la niña es la señorita! ¡La señorita! ¿Tampoco quieres oírlo?

GASPAR.- Pues a las tres volvieron don Juanito... y la señorita.

JAVIER.- Bueno, ¿y qué? Están en su casa.

GASPAR.- Están en la casa del señor, que no es lo mismo. ¿Por qué no viven en la suya? En esta casa, toda la vida hubo costumbres morigeradas, y a las doce todo el

■ mundo está recogido.

(Con cierta intención)

¿No da el señor ejemplo de respetabilidad y buenas apariencias?

JAVIER.- ¡ Hombre! ¡ Mago lo que puedo.

GASPAR.- Lo que debe, ¡ y nada más que lo que debe!

(Vuelve a tomar la bandeja en las manos.)

¿Apago al salir la luz?

JAVIER.- (Esponáneo)

Si haces el favor...

(Reaccionando en seguida)

Pero, ¡qué tontuna, nombre! ¿No te he dicho que voy a trabajar? Si voy a trabajar, ¿cómo trabajo con la luz apagada?

GASPAR.- Eso es lógico, señor. Pero como el señor apenas si ha dormido esta noche, también me parecía lógico que descansara un rato.

JAVIER.- Eso, sí. ¡Claro! Pero... los legajos...

GASPAR.- Ciertó: los legajos...

(Sonriendo con picardía)

Son papeles viejos... ¿Quién piensa en ellos? ¿Apago?...



JAVIER.-

(Sentándose en el sofá)

Si te empeñas...

GASPAR.-

Ya me acordaré de la consigna,

(Apagando la luz)

¡así! Que el señor descanse. ¡Muy buenas noches!

(Y se va por la izquierda dejando la estancia completamente a oscuras. Comienza a sonar al poco tiempo, el timbre del teléfono.)

JAVIER.-

¡Vaya! No me acordaba yo de Valentina...

(Se levanta, enciende la luz, se sienta en su sillón y coge el auricular.)

"¿Qué te pasa, hija?... ¡Ah! Perdona usted: ¿con quién nablo?... Hola, Gutiérrez. ¡Querido Gutiérrez! ¿Qué pensará usted de mí?... De nada, hombre; de nada. Me abrumba el trabajo, se me aglomeran los asuntos; pero, ¡no importa! Precisamente ahora mismo estaba consagrado a usted: estoy examinando con toda escrupulosidad los legajos y... ¿Qué impresión, dice usted? Magnífica, hombre, ¡magnífica! Lo ganamos, sin la menor duda... Sí. Toda la ma-



ñana; ya me queda muy poco... Sí, sí.  
A las once puede mandar a recogerlos...  
De nada, querido Gutiérrez... Siempre a  
su disposición... ¿No le digo que magní-  
fica?... Es usted muy amable... Adiós."

(Dejando el aparato)

¡Uf!... No hay más remedio que hojear  
los legajos.

(Se levanta y toma un paquete de  
(papeles, atados con balduque.

¡Esto mancha de un modo atroz!

(Coge y examina hasta tres más)

¡Qué modo de enviar las cosas!... Y,  
luego, exigen... Veamos éste.

(Se queda, en efecto, con el pa-  
(quete más pequeño y vuelve con  
(él a la mesa.

Pleito promovido por la señora viuda de  
Bastero... Ni me acordaba ya del deman-  
dante...

(Se enfrasca en la lectura. De  
pronto, se abren de par en par  
(las dos hojas de la puerta de  
(la izquierda y aparece, como  
(una tromba, JUAN. Es joven y  
(simpático, viste elegante tra-  
(je de verano, de mañana, y lle-  
(va en la mano un junquito. Al  
(sentir ruido, Javier alza la ca-

(beza y dice, asombrado.

¡Juan!

JUAN.-

Perdona, Javier. Ya sé que es incorrecta esta entrada; pero no tenía otra. ¡no podía tener otra! ¿Puedo cerrar la puerta?

JAVIER.-

Tú la has abierto.

JUAN.-

Verdad.

(Cierra)

¿Puedo cerrar con llave?

JAVIER.-

No la hay... Pero, ¿qué te pasa?

JUAN.-

Perdona otra vez. He hecho mal en venir. ...Me voy: tú estás trabajando y no puedo... ¡no debo! traerte disgustos.

JAVIER.-

¿Pero, qué te ocurre, Juan?

(Levantándose y yendo a él)

Explicate.

JUAN.-

(Abriendo la puerta)

Luego volveré: cuando estés más ~~desocupado~~ <sup>desocupado</sup>.

JAVIER.-

El que cierra ahora soy yo. ¡Desembucha de una vez, hijo!

JUAN.-

(Entregándose)

¡Hijo! ¡Tú lo has dicho! ¡Que no puedo más, que no aguanto más y que no quiero sufrir más!

JAVIER.-

¿Cómo?

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

JUAN.-

¡Que tienes una hija insufrible, inaguantable... e intolerable! Que toda paciencia alcanza su límite; que esta es ya la última gota, que rebosa, del vaso de una resignación, insospechada en mí... Que, al lado de Manuela, me río yo de todos los peces de colores y... que puedes poner en mis labios todos los lugares comunes y las frases hechas propias del caso, para que quede bien clara la indignación de un marido recién casado, que no puede soportar, ni un mimito más, a la mujercita de su alma.

JAVIER.-

Me dejas de una pieza, Juan. Pero, cálmate ante todo y siéntate. Ven: sentémosnos aquí.

(Obliga a Juan a sentarse en uno  
(de los sillones, y él ocupa el  
sofá.

no te ofrezco, porque no fumas.

(Enciende un pitillo)

¡Yo, que os tenía por los seres más felices de la tierra!

JUAN.-

Y lo podíamos haber sido. ¡Pues esa es



la rabia! Lo hubiéramos sido... en cuanto tu hija... no fuese tu hija.

JAVIER.- Pues, ¿quién?

JUAN.- No sé; otra mujer cualquiera. ¡Una que no se pareciese a ella, absolutamente en nada!

JAVIER.- Entendido. Así lo hubiérais podido ser. Pero, vamos a cuentas: ¿qué ha ocurrido? Porque es muy extraño esto de veros hasta ayer tan contentos, llenos de fantasías y de colores en vuestras palabras... y encontrarme hoy, de pronto, con este cambio radical de decoración.

JUAN.- ¿Lo ves tú? "Hasta ayer tan contentos"... ¡Primer error!

JAVIER.- ¡Ah! ¿No...?

JUAN.- ¡Error crasísimo! Ni contentos, ni levemente esperanzados.

JAVIER.- ¡Hijo! Pues las apariencias...

JUAN.- Fachada; nada más que fachada. Pero, ¿crees tú que si hubiésemos sido felices, habríamos dejado nuestra casa, moderna y lujosa, aunque chiquita, para venirnos a vivir a este caserón, muy

respetable, pero tan respetable que se cae de viejo?

JAVIER.-

(Queriendo echar a broma el asunto.)

Poco a poco, Juanito. Que una cosa es que estés de monos con Manolita y otra que ofendas a mi pobre caserón, que no se ha metido en nada.

JUAN.-

¡Segundo error! Esto no es "estar de monos".

JAVIER.-

¡Bueno! Pues... una trifulca.

JUAN.-

¡Tampoco! Es... ¡que no podemos convivir! ¿Por qué dirás que nos hemos venido a tu casa?

JAVIER.-

Ya me lo explicásteis: por estar más rodeados de afectos...

JUAN.-

Monsergas.

JAVIER.-

Por vivir a mi lado...

JUAN.-

Pamplinas.

JAVIER.-

¡Hombre! Pues yo me lo creí.

JUAN.-

¡Pamplinas, te digo! Por que en Zurbano nos habíamos quedado sin muchachas y sin asistentas... ¡por culpa de su genio! Y como ella, ni con la cocina de gas ni con la eléctrica, sabía naver

más que nuevos pasados por agua...

JAVIER.- no están mal pasados por agua. A mí me gustan.

JUAN.- A mí, no... Decidimos comer por ahí; que es lo que venimos haciendo desde el sábado. Y como no había quien limpiase, ni quien fregase los suelos, ni quien hiciese las camas, resolvimos venirnos aquí, no en busca tuya, sino de tu servidumbre. ¿Está claro?

JAVIER.- Ya parece que voy viendo más claro.

JUAN.- (Levantándose)

Y eso que esta luz linfática que utilizas, no es para aclarar mucho las ideas.

(Va al balcón del fondo)

Abre el balcón, Javier; que entre la gracia de Dios. ¡A cualquiera se le ocurre, en el verano, tener cerrado, por las mañanas, un balcón a mediodía.

(Ha descornado el estor y abierto persianas y vidrieras.)

JAVIER.- ¡Si es que, lo que entra, es el calor!

JUAN.- Si quieres, cierro otra vez.

JAVIER.- no, hijo; sigue. Así podré ir viendo más claro; tienes razón. Lo del genio,



no me lo explico: siempre ha sido Manolita una chica prudente, formal, juiciosa... con su carácter, eso sí. Ya te lo dije, cuando viniste a este mismo despacho a pedirme su mano. Tú estabas sentado en ese mismo sillón. No se me olvida.

JUAN.-

no; perdona: en ese.

JAVIER.-

Es igual. ¿Qué te dije yo entonces?

"Piénsalo bien, Juanito. Es una chica única, que se quedó sin madre siendo niña..." ¿Y qué me contestaste? "Yo la moldearé a mi gusto; yo crearé la mujer que necesito, la mujer con que sueño..." Si luego no puedes, si la niña no es tan fácil de manejar como tú te figurabas... eso no es de mi cuenta.

JUAN.-

Ni yo vengo a pedírtela.

JAVIER.-

No; tú vienes a algo peor: a devolvérmela.

JUAN.-

Tampoco. Se devuelve lo que se tiene; pero no lo que ya no está en nuestro poder.

JAVIER.-

(Levantándose sobre saltado)

¿Qué dices?

JUAN.- Que Mamiela, cuando esta mañana nos hemos vuelto a pelear, se ha ido a casa de tu hermana Milagros.

JAVIER.- ¡Ah! Pues, llamamos...

(Por el teléfono)

JUAN.- ¡De ningún modo! Se ha ido para siempre. y no será yo quien vaya a buscarla.  
¡Otro jarrón hecho añicos, no!

JAVIER.- Entonces... ¿el de anoche?...

JUAN.- ¿Lo oíste?

JAVIER.- ¡Figúrate! Estaba desvelado... La preocupación del trabajo...

JUAN.- Veníamos discutiendo; veníamos de intentar oír a la Mercader; y digo de intentar oír, porque cada día tiene menos voz. A mí se me ocurrió decir que el traje de la Mercader era bonito; ella replicó que era un adefesio. Eso ofendía la libertad de mis gustos artísticos; y volví a elogiar el traje.. y ella que no, y yo que sí, llegamos hasta aquí discutiendo. Abro la puerta, entramos y le digo en voz baja:- "Bueno, ahora un poco de silencio, no se vaya a despertar el suegro". Oír eso del



suegro,- ¡tú figúrate, tú!- y tirarme a la cabeza el florero que había sobre el arcón, fué visto y no visto.

JAVIER.- Pero, ¿por qué?

JUAN.- Dice que no tolera que te llame suegro; que esa palabra jamás se ha dicho en su casa.

JAVIER.- (Riendo otra vez)

En eso... puede que tenga razón. En casa somos muy tontos para ciertas palabras..

JUAN.- ¡Pero eso se avisa! Vamos a ver: ¿se puede decir bragas? ¡Pues Manuela sostiene que es una palabrota!

JAVIER.- ¡Hombre!... ¡Bragas!... ¿A tí te gusta decir bragas? No ya por lo que significa: es una cuestión eufónica.

JUAN.- Déjate de cuestiones. ¡La trae el Diccionario. "Calzones anchos, prendas de vestir del hombre, pañales de los niños," ¡La trae el Diccionario, señor!

JAVIER.- Pero, ¿vamos a decir todo lo que acepta el Diccionario?

JUAN.- Pues, ¿y la frase tan corriente de "ir de toda"?

JAVIER.- ¿Dice que es una palabrota?



JUAN.- No. Dice que es una cursilería.

JAVIER.- (Ríe de buena gana)

¿Y te enfada eso?

JUAN.- Pero es que, entre palabrotas y cursilerías, vas caminando por un sendero tan angosto, que llegas a asfixiarte.

JAVIER.- (Considerándose ya dueño de la situación.)

¿Eso es todo, Juan?

JUAN.- No he terminado.

JAVIER.- ¡Ah!

JUAN.- Tu hija es embustera. Miente más que un folleto de propaganda. Su primera mentira fué decirme que me quería. Esa se la perdono, porque yo, por lo visto, la mentí también. Pero me hizo creer que era muy lista y es tonta, que era muy dispuesta y es incapaz, que era sensata y es voluntariosa... y, sobre todo, que era una mujer en formación, fácil de manejar...

JAVIER.- ...Y te has encontrado con toda una formación completa.

JUAN.- Pero lo de hoy, lo de esta mañana...

JAVIER.- ¿Qué ha sido? Porque me pones en cui-

dato...

JUAN.-

tú sabes que no fumo. ¡Ella, sí! ¿Y tú crees que, porque ella fuma desde que se despierta y yo no, estoy obligado a soportar el humo dentro de la habitación? ¡Abrí las ventanas! ¡A mí me ha gustado siempre abrir las ventanas!

JAVIER.-

Ya lo sé.

JUAN.-

Me gusta dormir con todo abierto. A ella, no. ¿Y tú crees que, porque yo abro una ventana, se me puede obligar a que la cierre?

JAVIER.-

¡Mombre! Antes de cerrar dejen abrir.

JUAN.-

Pues las voces se han oído en todo el patio. Me ha llenado de improperios, me ha tirado a la cabeza dos o tres regalos de boda, y se ha ido para siempre a casa de milagros.

JAVIER.-

¿Y entonces, tú?

JUAN.-

Yo me he venido para acá, a decirte: "Allí tienes a tu niña; guárdala y envuélvela en papel de plata... y regálase-la luego a cualquiera que sea goloso; que yo ese bombón no lo quiero ni ver, y me voy ahora mismo a tomar un bille-

te para Bilbao y allí un barco para las ~~barcas~~ bambas". Y nada más.

JAVIER.-

*Quim* (Tranquilo)

¿Te vas en el expreso del norte?

JUAN.-

Eso pienso.

JAVIER.-

Pues, como el tren no sale hasta la noche y yo tengo ahora mucho que trabajar...

JUAN.-

¡No se te ocurrirá llamar a Manuela por teléfono!

JAVIER.-

Te lo prometo. Vuelves luego y almorzamos juntos. Nos traerán de la Peña la comida para los dos. ¿Conformes?

GASPAR.-

(Apareciendo por la izquierda)

¡La... señorita!

JUAN.-

¡Ella aquí!

JAVIER.-

Que pase.

GASPAR.-

(Extrañado)

¿Qué pase?...

JUAN.-

De ningún modo. ¡No puedo consentir que me vea!

JAVIER.-

Ocultate si quieres, como en las comedias antiguas.

JUAN.-

¿Dónde?

JAVIER.-

En el cuarto de baño.

(Señalando a la puerta de la derecha.)



JUAN.- Sea.

JAVIER.- (A Gaspar)

Que pase la señorita.

(Gaspar hace mutis, no sin apagar antes la luz de la lámpara, que seguía encendida.)

JUAN.- (Abriendo la puerta)

No olvides lo embustera que es. Te contará algún cuento chino; pero la verdad, ¡la única verdad!, es la mía.

JAVIER.- Tú no oigas, por si acaso.

(Juan ha hecho mutis y Javier cierra la puerta.)

¡Qué locura de chicos!

(Por la izquierda llega VALENTINA, vistosa mujer, aún joven.)

¡Valentina!

VALENTINA.- (Al ver la cara de sorpresa de Javier.)

¿No me esperabas, verdad? Por eso estoy aquí.

JAVIER.- (Para sí)

Esto no puede ser.

(En voz alta, para que la pueda escuchar Juan.)

Señorita de Ochoa: le ruego que tome asiento. Creo que el pleito de usted

lo perderemos en primera instancia. Es asunto litigioso un poco embrollado, pero si usted me hace caso y se va...

(Subrayando con los ademanes,  
(para indicarla que se vaya.

Si usted me hace caso y se va... imponiendo de sus mil incidencias, confío en que al fin...

VALEN.-

(Sentada en el sofá y sin querer  
(comprender nada.

Pero, ¡qué retegracioso estás! El señor Don Javier Robledo, el gran abogado, ensaya una de sus más brillantes peroraciones para sus clientes de Madrid. ¡Qué hipócrita eres, Javier!

JAVIER.-

(En voz baja, acercándose a ella)

Por caridad, habla bajo. Pueden oírnos.

VALEN.-

(Sin hacerle caso)

¿Y qué nos importa que nos oigan? ¿Nos importó otras veces?

JAVIER.-

Es que hoy... Hoy...

(Mira hacia la puerta de la derecha.  
(recha.

...puede oírnos alguien.

VALEN.-

(Bajando ahora la voz)

¿Alguien que está... ahí?

JAVIER.- Sí, En ese cuarto.

VALEN.- Una mujer.

JAVIER.- (Después de breve duda)

Sí... Una mujer.

VALEN.- (Poniéndose de pie)

¿Una mujer?

(Abre su bolso y saca un pequeño  
retrato que entrega a Javier.)

¡Esta!

JAVIER.- (Sin vacilar)

Esta es; desde luego.

VALEN.- (Reconcentrada, aunque siempre  
a media voz.)

A eso he venido: dime quién es esta mujer del retrato, antes de que yo tenga que enfrentarme con esa otra... del cuarto de baño.

JAVIER.- ¡Te guardarás muy bien! ¿Dónde la has encontrado?

VALEN.- ¿Dónde? En tu cartera.

(Sacándola también del bolso)

Te la dejaste anoche en casa.

JAVIER.- ¿La escudriñaste?

VALEN.- ¡Claro! Dejaría de ser mujer... ¡No mires, no! Ni te falta un papel, ni un billete. Y eso que...



JAVIER.- ¿Qué?

VALEN.- Que buena falta me hacen.

(Javier saca unos billetes y se  
los da sin pronunciar palabra.

Pero encontré, de pronto, el retratito..  
y ya no pude dormir en toda la noche...

(Tomando los billetes)

Gracias. No pude dormir... y te llamé  
en cuanto calculé que estabas trabajan-  
do.

(Guarda los billetes)

JAVIER.- Pero, si nos separamos a las cinco!...  
He dormido cuatro horas.

VALEN.- Yo, ninguna. Esta mujer, ò esa mujer,  
ha sido mi obsesión.

JAVIER.- ¿Por qué no me llamaste por teléfono?

VALENT.- Porque quería cogerte in fraganti. ¡No  
se dice así? Y porque el corazón me  
anunciaba que hoy esta pobre mano mía  
se iba a despachar a su gusto propinan-  
do azotes a una mujer bonita.

JAVIER.- Pues te vas a quedar con las ganas,  
porque esa mujer, -esta mujer!-, es  
sagrada para tí.

VALENT.- Será Doña Isabel la Católica.

JAVIER.- Más.

VALEN.- ¡Santa Teresa de Jesús!

JAVIER.- Menos. Pero, para tí, más, si es preciso.

VALEN.- ya me está picando la curiosidad.

JAVIER.- Esta mujer... es mi hija.

VALEN.- ¡Acabáramos!

(Rompe a reír. Poco a poco han ido elevando los dos el tono de la conversación.)

Como invención, no está mal. Es un buen efecto de abogado. ¿Una hija... que te ha salido ahora?

JAVIER.- Nada de bromas. Mi hija Manolita; la única que tuve de aquella santa mujer que fué mi esposa.

VALEN.- (Con sinceridad)

¿Que tú no eres soltero?

JAVIER.- ¿Quién te lo ha dicho?

VALEN.- ¿Que tienes una hija?

JAVIER.- De veintitrés años. Se casó hace cuatro meses. Ahí está ese retrato: confronta si quieres.

(Indicándole el que se halla sobre la mesa.)

Se lo hicieron el mismo día del casamiento.

(Al ver que Valentina se ha quedado muda, mirándolo.)

¿Es o no es mi hija?

VALEN.- Tu hija, claro. ¿Y este es su marido?

JAVIER.- Pues, ¿no le ves de tiros largos? ¡Su marido!

VALEN.- Juanito Mendoza.

JAVIER.- ¿Lo conoces?

VALEN.- (Dominando la impresión que ha recibido.)

De vista. Sólo de vista. Pero creí que estaba casado.

JAVIER.- Y casado está: con mi hija.

VALEN.- Digo anteriormente.

JAVIER.- Por la Iglesia, no.

VALEN.- Yo me entiendo.

(Con forzada sonrisa)

Y... ¿son felices?

JAVIER.- ¡Felicísimos! Hace un instante me lo estaba diciendo.

VALEN.- ¿Juan?

JAVIER.- Manolita: ¡si tú supieras, padre, lo que es dar con un hombre tan... tan...!

VALEN.- (Va a decir un insulto y se contiene.)

¡Tan...! Tan sugestivo.



JAVIER.- ¡Eso!

(Cambiando, ya tranquilo, la conversación y volviendo maquinalmente a la media voz.

¿Cesó, pues, todo motivo de enfado?

VALEN.-

(Más indignada cada vez, pero queriendo ocultarlo siempre.

¿Yo, enfadada? ¡Pensaba en tu hija!

¡Pobre! La compadezco. Tuvo muy buen gusto al escoger; pero es un figurín demasiado usado. ¿Yo, enfadada? ¿De dónde?

JAVIER.-

Eso digo yo. Ya nabrás comprobado que el retrato...

VALEN.-

El retrato es de una elocuencia abrumadora. Todos los hombres sois iguales: desleales, perjuros, ¡infames!

JAVIER.-

Pero así has podido ver que era mi hija; que no hay ninguna otra mujer por medio...

VALEN.-

¡Claro que lo he visto! ¿Yo, enfadada? ¡Ni por pienso! ¡Todos iguales! Juegan con el corazón de una pobre mujer...

JAVIER.-

¿Jugamos?

VALEN.-

Jugáis con nuestro corazón... y un día, ¡ahí queda eso! Lo tiráis al arroyo como un guñapo.

(Llora)

JAVIER.- Yo te prometo...

VALEN.- No sirven promesas.

JAVIER.- Yo te convido...

VALEN.- (Cesando repentinamente en su llo-  
(riqueo.

¿Dónde?

JAVIER.- Donde quieras.

VALEN.- Llévame a almorzar a Chipén.

JAVIER.- ¡Hecho! Espérame a las dos en tu casa.

VALEN.- (Despidiéndose, ya más sosegada)

Hasta luego. Y a tu hija, ni media pa-  
labra. Que no sospeche.

JAVIER.- Nada.

VALEN.- ¡Pobrecilla!

(Alzando mucho la voz)

Hasta otro día, señor Robledo. Muy agra-  
decida a sus ~~condiciones~~ *orientaciones*.

JAVIER.- A los pies de usted, señorita de Ochoa.  
Por aquí; salga por aquí.

(Hace mutis por la izquierda Va-  
(lentina y, tras ella, cedién-  
(dole el paso, Javier. Se abre  
(lentamente la puerta de la  
(derecha y surge la cabeza de  
Juan. Después sale todo el cuer-  
(po. En su expresión puede ad-  
(vertirse que lo ha oído todo.



(Va a la mesita; toma el retrato, levanta contra él su puño, (está a punto de romperlo; pero (al fin no se decide y se limita a colocarlo, vuelto de espaldas, apoyado en el florero. Vuelve por la izquierda JAVIER. Se queda mirando frente a frente a (Juan. Este hace lo propio.

JUAN.- Lo he escuchado todo.

JAVIER.- Me lo figuraba.

JUAN.- La señorita de Ochoa...

JAVIER.- La señorita de Ochoa es una cliente mía, hija de un antiguo amigo de mi padre. Tú habrás oído hablar de él: el señor Ochoa.

JUAN.- Ya lo supongo: el señor Ochoa.

JAVIER.- Pues... el señor Ochoa, hombre discretísimo, de gran barba negra... tuvo una hija: la señorita de Ochoa.

JUAN.- ¿También con toda la barba?

JAVIER.- No. La señorita Valentina Ochoa tiene un asunto bastante embrollado, que ha puesto en mis manos pecadoras. Por eso viene por aquí con cierta frecuencia.

JUAN.- Ya.

JAVIER.- Un asunto, ¿cómo te diría yo?, un asunto delicado; porque se trata nada menos



*que*  
de una herencia, procedente de unos tíos suyos que emigraron a América en tiempos de la restauración. Y ahora, los Tribunales americanos, -mejor dicho, los argentinos,- se oponen al reconocimiento de la legitimidad...

JUAN.-

(Cortándole)

¡No te molestes más! Visto para sentencia. La senosita de Ochoa es "la Clavelitos".

JAVIER.-

¿Eh?

JUAN.-

Que la señorita Valentina Ochoa es "la Clavelitos". Ni más ni menos. Una mujer de rumbo, muy conocida en Barcelona, donde frecuenta ciertos medios sociales.

JAVIER.-

Pero si yo la conozco desde pequeña; desde que el señor Ochoa me la presentó un día. ¡Y era un comino!

JUAN.-

Pues ha crecido desde entonces. ¡Ya es un bosque de pinos completo!

JAVIER.-

Debe de ser otra. Esta viene por aquí desde hace algún tiempo.

JUAN.-

¡Tres meses!

JAVIER.-

Puede ser. Así, fijamente...

JUAN.-

No te molestes, Javier. ¡Es "la Clavelitos"! Tú, como eres hombre respeta-

ble, formal, y un poco ingénuo, no ha sospechado siquiera. Además, en Madrid... puede no ser conocida.

JAVIER.- ¿Y tú... de dónde la conoces?

JUAN.- ¡Pues no te digo!... De Barcelona. Cuando estuve en aquella Jefatura. Había allí un grupo de compañeros... y unos grupos de chicas...

JAVIER.- ¿Intimaste con ella?

JUAN.- ¿Yo? ¡Ya sabes cómo soy! Sólo la conozco de vista. Conozco su tipo, conozco su historia...

JAVIER.- Conoces su timbre de voz.

JUAN.- ¡También! Por eso ahora... ¡claro!... he caído en seguida...

JAVIER.- Pues, ¿sabes una cosa? Que ella también te conoce a tí. Que tu retrato la ha sorprendido...

(Buscándolo)

¿Dónde está tu retrato?

JUAN.- ¡Ahí! Ahí está el retratito.

(Lo vuelve a poner de cara)

JAVIER.- (Siguiendo su información)

...Que ignoraba que te hubieses casado.

¡Que se descompuso un poco!



JUAN.- Porque sabe que poseo todos sus secretos; y como se ha encontrado conque pertenozco a la intimidad de tu nogar...

JAVIER.- ¿Y eso qué puede importarle?

JUAN.- Mira, Javier. La señorita de Ochoa y tu... Vamos: ¡ni hablar! La señorita de Ochoa y tú... ¡al cabo de la calle! hombre, al cabo de la calle!

JAVIER.- Te aseguro que lo de la herencia...

JUAN.- Lo de la herencia es verdad, porque piensa heredarte en vida. Pero... ¡mucho ojo, Javier! ¡Te va a dejar sin gorda! Y ya ves, que mi consejo no puede ser más desinteresado, porque, si hay alguien que ya no piensa heredarte, soy yo.

JAVIER.- ¿Sigues emperrado?

JUAN.- ¿Tú crees que cuando se toma una resolución para siempre, se cambia de opinión a los cinco minutos?

JAVIER.- Es demasiado pronto, ¿verdad?. Pero, a almorzar conmigo, sí vendrás.

JUAN.- El que no vendrá serás tú, que te has citado con la señorita de Ochoa.

JAVIER.- ¡Tú, sí que eres ingénuo! Le dije que



sí, para que se marchara pronto. Pero, ¿tú crees que, con mi respetabilidad, -como tú dices,- debo ir a comer con una niña a Chipén?

JUAN.- ¡Hombre! Eso, allá tú. Como se trata de una señorita tan... honorable, hija de un señor con toda la barba...

JAVIER.- Almorzamos nosotros juntos; examinamos vuestro caso juntos; y, si no te convences y prefieres ir a refrescar las ideas a Bilbao, no seré yo quien te quite de la mano el billete.

JUAN.- El billete que voy a tomar ahora mismo.

JAVIER.- Como quieras. No olvides que yo almuerzo a las dos en punto.

JUAN.- Siempre he sido puntual.

JAVIER.- Pero en mí, ya lo sabes, es una manía.

(A un movimiento de Juan, iniciando el mutis.)

¿Un abrazo, Juan?

JUAN.- ¡Un abrazo!

(Se abrazan)

JAVIER.- ¡Aprieta, yerno, aunque no quieras.

JUAN.- ¡Aprieta, suegro, aunque no quiera ella!

JAVIER.- ¿Hasta las dos?

JUAN.- Puntual. Pero es inútil; ya lo verás.

Separación de bienes y personas por incompatibilidad de caracteres. Tú, que eres abogado, ya sabes lo fácil que es eso.

JAVIER.- Muy fácil, sí; para un abogado. Pero no tanto para un padre.

JUAN.- Por tí lo siento, puedes creerme. Ya me había acostumbrado a la idea de quererte como un nijo... ¡suegro!

(Mutis por la izquierda, dejando (al salir media puerta abierta.

JAVIER.- (Permanece de pie viendo cómo se (aleja Juan. Aplica el oído hasta oír un portazo, -que el público, a ser posible, debe percibir también,- y se vuelve entonces hasta su mesa.

¡Ya salió! Ahora es la mía.

(De pie y por el lado de fuera (de la mesa, toma el auricular (del teléfono y marca un número.

¡Oiga! ¡Oiga! ¿La señora viuda de Arcicóllar? ¿No está la señora? Dígale que se ponga, haga el favor... Sí; de parte de su hermano...

(Por la abierta puerta de la izquierda aparece MANUELA; joven, (bella, de tipo distinguido. Como su padre habla dando la es-

(palda a la puerta, no advierte  
(su llegada. Manuela avanza len-  
(tamente y se sienta en el sofá.

¡Hola, Milagritos! Te supongo enterada.  
Díle a Manolita que quiero hablar con  
ella. ¿No está? ¿Cómo que no está?...  
Manolita; ¡mi hija! ¿Cuál va a ser?...  
Pero, ¿no ha ido a tu casa esta maña-  
na?... Pues si no está ahí, ¿dónde es-  
tá esa cnica?

MANUELA.-

(Desde el sofá)

Estoy aquí, papá.

JAVIER.-

¿En?

(Vuelve rápidamente la cabeza y  
(ve a Manuela.

¿Tú?

(Manuela le contesta con un mo-  
(vimiento afirmativo de cabeza.

¿Cómo no estás allí?

(Al teléfono)

Perdona, Milagros; pero está aquí...

¡Hombre! Claro que lo veo; mejor dicho,  
la veo... Bien, bien. Ya te explicaré...  
¡Adiós!.

(Coloca el auricular en el apa-  
(rato.

Entonces: ¿no estabas en casa de tu tía



Milagros?

MANUELA.- ¿Y quién te ha dicho que estaba en casa de la tía?

JAVIER.- (Para sí)

Pues es verdad.

(A su hija)

No me lo ha dicho nadie; pero como tu tía Milagros es tu madrina y no habías ido a verla desde que os mudásteis aquí.. No sé; se me ocurrió...

MANUELA.- (No deja terminar a su padre y rompe a llorar.)

¡Ay, qué desgraciada soy!

JAVIER.- (Acudiendo al sofá, junto a Manuela.)

¡Nena! ¿Qué te pasa, nena?... ¿No estabas tan contenta? ¿No eras tan feliz?

MANUELA.- Ese nombre... ¡me ha abandonado!

(Sigue lloriqueando)

JAVIER.- ¿Juan? ¡No es posible!

MANUELA.- Es un energúmeno. Aquel nombre guapo, simpático, afable, caballeroso...

¡es un monstruo, papaito, un monstruo!

JAVIER.- Pero... ¿qué na pasado?

MANUELA.- Después de darme una paliza, -porque una paliza ha sido-, con ese junquito

que se gasta, se ha ido, para siempre,  
¡en el expreso de Andalucía!

JAVIER.- ¿Andalucía?

MANUELA.- Sí. A Sevilla; para luego <sup>(marcharse)</sup> ~~luego~~ a África, a la Legión.

JAVIER.- ¿Qué me dices? ¿Y tú?

MANUELA.- Yo le he llorado, le he suplicado, -ya conoces mi carácter, mi timidez, mi apocamiento, - pero todo ha sido en vano.

(Un poco melodramática)

¡Como un muracán se fué, dejándome tirada en el sillón, como una pobre noja abandonada!

JAVIER.- Vamos por partes, Manolita; vamos por partes. Habrá habido alguna discusión previa, algo que justifique esos actos, tan inesperados, en un hombre como Juan!

MANUELA.- (Siempre en mansa cordera)

¿Discusión? ¡Ninguna! Ya conoces mi carácter. Se despertó de mal humor. Abríó de par en par las ventanas.

JAVIER.- ¿Y tú?

MANUELA.- ¿Yo? ¿Qué iba a hacer? Ni media palabra. Y eso que las ventanas abiertas en verano... ¿A tí te gustan abiertas,



papaíto?

JAVIER.- A mí, no; pero ¡qué quieres! Al fin y al cabo, es la gracia de Dios que nos ilumina.

MANUELA.- Pero, te vas a asar de calor.

(Cerrando el balcón)

Es mejor que lo dejes en una discreta penumbra... ¡Así!... ¿Te incomoda?

JAVIER.- No, hija. Pregúntale a Gaspar.

MANUELA.- ¿Ves esto tan sencillo que acabo de hacer contigo? Pues no hice más que intentarlo esta mañana con Juan y... ¡zás! una zapatilla bordada que me tiró a la mica.

JAVIER.- ¡Qué bárbaro!

MANUELA.- ¡Ah! Pues eso no tuvo importancia. Lo gordo fué la paliza.

JAVIER.- ¿Te pegó?

MANUELA.- Me pegó. Mira las señales.

(Mostrándole los brazos)

JAVIER.- No veo nada.

MANUELA.- No se ven, porque estamos casi a oscuras; pero, si quieres, abro.

JAVIER.- no; déjalo ya. Y otros días, ¿no le habrás dado tú ciertos motivos? Ano-



che mismo cuando yo descansaba, oí un florero...

MANUELA.- ¿Lo oíste? ¡Vés cómo no son cosas mías? Me tiró el florero a la cabeza... con toda el agua que había dentro.

JAVIER.- ¿Y te dió?

MANUELA.- No me dió, porque retiré la cabeza y se estrelló en la pared...

(Volviendo a llorar)

¡Soy muy desgraciada, papaito! Es borracho, es jugador, es pendenciero...

¡Es roñoso! ¿Por qué creerás que nos vinimos a vivir a tu casa?

JAVIER.- ¡Hombre! Por cariño, por estar a mi lado... por tener una servidumbre!...

MANUELA ¡Eso! No quiere pagar servicio. ¡Quiere que lo haga todo yo! Y así lo he hecho muchos días: que limpiar, que fregar, que barrer, que cocinar... ¿Te acuerdas de aquellos huecos a la rusa que yo te hacía? ¡Pues dice que son una alpargata! Hasta que un día, por fin, dictaminó: "Vámonos a tu casa; allí hay criados... ¡y allí pagaré el primo de tu padre!"

JAVIER.- ¡De su suegro!

MANUELA.- ¡Eso! Así lo dijo. Pero tu no digas esa palabra, papá. Para palabrotas, él. A los perros les llama cmuchos y a los caballos, pencos.

JAVIER.- Será en sentido despectivo, mujer.

MANUELA.- ¡Yo a tí jamás te he oído esas palabrotas! Además, es mentiroso.

JAVIER.- ¿También?

MANUELA.- Dice que soy gorda, que soy modernista, que llamo la atención por la calle.. ¡Mentira, mentira y mentira! Tú me conoces, papá; conoces mi carácter. Yo soy incapaz de llamar la atención. ¡Yo no soy más que una despreciada muy grande!

(Llora)

JAVIER.- Vamos: ¡cálmate! Todo se arreglará.

MANUELA.- ¡No puede arreglarse! Soy yo la que no quiere que se arregle ya.

JAVIER.- Bueno: pues como tienes un padre a falta de un marido, desde hoy vivirás en casa con tu padre.

MANUELA.- ¡Eso!

JAVIER.- A las dos, como sabes, almuerzo. Ahora me traen la comida de la Peña. ¿Te

gusta?

MANUELA.- Mucho. Pero yo no tengo ganas de nada.

JAVIER.- Tí vienes a las dos, charlamos despacio, porque ahora tengo mucho que trabajar, almorzamos tranquilamente y...

GASPAR.- (Por la izquierda)

Señor. El secretario del Señor Gutiérrez.

JAVIER.- ¿Y qué quiere el secretario del señor Gutiérrez?

GASPAR.- Los legajos...

JAVIER.- (Contrariado)

¡Ah! Los legajos... Pues ¿qué hora es?

GASPAR.- Las once y cuarto, señor.

JAVIER.- (Después de una leve duda, va a su mesa, coge los papeles que había sacado y los guarda.)

¡Toma los legajos! Este paquete... y estos otros.

(Coge de la silla los otros tres)

¡Cuidado no te manches con ellos!

(Se los entrega a Gaspar)

GASPAR.- Dice el Secretario que si tiene que volver a traerlos.

JAVIER.- No. Le contestas que ya están perfectamente estudiados; que ya he tomado nota de todo.



GASPAR.- Perfectamente.

(Inicia el mutis por la izquierda.)

JAVIER.- Y, luego, vuelva por aquí.

GASPAR.- Perfectamente.

(Se va; pero antes de salir,-  
(y no sin trabajo por los legajos que lleva,- oprime el interruptor y vuelve a encenderse la lámpara central.)

MANUELA.- (Levantándose y mimosa)

¿Te he quitado el tiempo, papáito?

JAVIER.- No lo sé; pero eres la única que tiene derecho. Ve a tu cuarto, descansa... y a las dos, aquí... ¿eh?

MANUELA.- A las dos.

(Inicia el mutis)

JAVIER.- ¿Un beso?

MANUELA.- (Volviéndose)

¡Y doscientos!

(Se besan)

¡Qué bueno eres, padre!

JAVIER.- ¡Cómo te quiero, hija!

GASPAR.- (Volviendo)

Mande el señor.

MANUELA.- Hasta luego.

(Al pasar por delante de Gaspar

(le dice.

¡Estás cada vez más joven, Gaspar!

GASPAR.- Los buenos ojos de...la señorita.

MANUEL A.- ¡No me llames la señorita!

FASPAR.- Pues, ¿cómo?

MANUEL A.- nena...Yo seré siempre para tí la niña.  
¡Aquella niña, Gaspar!

(Mutis)

GASPAR.-

(Deshaciéndose)

¿Aquella niña?...

(A Javier)

¿Lo ve el señor? ¿Lo está viendo el  
señor cómo ~~hay~~ cosas que no pueden ser?

JAVIER.-

Verdad. No pueden ser; pero tienen  
que ser.

(Se dirige al teléfono)

Cuando vayas luego a la Peña, pides  
tres almuerzos. ¿Te enteras? ¡Tres!

GASPAR.-

¿Tenemos invitados?

JAVIER.-

Tenemos.

(Mientras que marca un número)

Y pones en esa mesa tres cubiertos.

GASPAR.-

¿No será más propio en el comedor?

JAVIER.-

No, Gaspar. Es un almuerzo íntimo.

¿Te enteras?

GASPAR.-

Perfectamente, señor. A las dos, los tres

JAVIER.-

(Al teléfono)

¿El uno cinco siete nueve dos?... ¿Eras tú, Valentina?... Sí, Javier. Mira: te llamo para que no me esperes a almorzar... ¡No puedo, hija! Ya te lo explicaré... ¿Qué? ¡No puedo!... ¡Cuando yo te digo que no puedo!... Iré, en cambio, por la tarde y te llevaré lo prometido... ¿Ya no recuerdas lo prometido?...? ¿No te acuerdas de aquel alfiler de brillantes?... Sí: el de las perlas en el centro. Es muy bonito; sobre todo por la finura del dibujo... ¡Eso! ¡Un sol!

(Ríe)

¡Un sol! ¡Claro, mujer!...

(Ríe otra vez. Mientras tanto, (el telón ha ido cayendo lentamente. Gaspar, que hace múttis (coincidiendo con el descenso de (la cortina, ha ido subrayando (con gestos adecuados las frases (de Javier a la señorita de (Ochoa.

FIN DEL PRIMER ACTO.



1

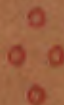
Librería de la Universidad  
Copista Icañes  
MURCIA, 20, 1.º B  
TEL. 77489  
MURCIA

L. J. J. J. J.  
Copista Teatral  
MORCIS, 26, 1.º B  
TEL. 77488  
MADEIRA

JUAN Y MANUELA



ACTO SEGUNDO.

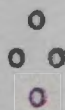




J U A N Y M A N U E L A



ACTO SEGUNDO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

## ACTO SEGUNDO

---

El mismo decorado del acto primero. El despacho permanece en penumbra: como quedó cuando Manuela cerró el balcón del fondo; por lo tanto, sin la lámpara encendida.

---

(Cuando se alza el telón, nadie en escena. Por la izquierda entran JUAN y GASPAS. Este, que viene detrás de aquel, enciende, al entrar, la luz central.

**JUAN.-** ¡Es un calor de asfixia! Reconozco que aquí está más fresco.

**GASPAR.-** ¿Quiere el señorito que abra?

**JUAN.-** ¡De ningún modo, Gaspar. El sol pega de firme y esta penumbra se agradece.

(Quitándose la americana blanca.)

¡Hasta la camisa parece que estorba!

**GASPAR.-** ¿Quiere el señorito refrescarse en el cuarto de baño...?

**JUAN.-**

(Colocando la americana en el respaldo de una silla.

Es una idea. Pero antes quería hablarte.

GASPAR.- A las órdenes del señorito.

JUAN.- (Mirando en su reloj de pulsera.)

¿Las dos menos cuarto, no?

GASPAR.- Por ahí, por ahí...

JUAN.- El señor me citó a las dos.

GASPAR.- Es su hora.

JUAN.- ¿Salió?

GASPAR.- Salió. Creo que fué a las Salesas. Un asunto que tiene perdido en primera instancia y que piensa ganar en segunda. El dice que siempre gana a la repetida.

JUAN.- ¿Por-qué cambian entonces las cosas?

GASPAR.- O porque entonces, las estudia.

JUAN.- Oye, Gaspar: quiero hacerte dos preguntas. Si tu lealtad a la casa te impide contestármelas, te callas... y yo no me molesto. Sólo te ruego que no me engañes.

GASPAR.- ¿Me va a poner el señorito en un aprieto?

JUAN.- No. Son preguntas sencillas: sin segunda. Yo no juego a las repetidas, por ahora.

GASPAR.- Pregunta primera.

JUAN.- ¿Quién es la señorita Valentina?

GASPAR.- ¿Las... cosas por su nombre?

JUAN.- ¡Hombre! Te pregunto qué es, de qué la conocéis...



GASPAR.- ¡Ya! La señorita Valentina es una artista de eso que ahora llaman varietés.

JUAN.- ¿Bailarina?

GASPAR.- No. Según Manolo el chófer,-porque yo no voy a esos tinglados,- canta unas canciones muy tristes.

JUAN.- Le da por lo dramático.

GASPAR.- Será en escena. Porque luego yo no he visto nada más alegre ni más perturbador.

JUAN.- ¿Y el señor sabe la... profesión de la señorita?

GASPAR.- ¡Pues no la ha de saber! Pero cree que nosotros nos chupamos el dedo. Y a mí, por ejemplo, me dice que es una clienta, que le da la tabarra. Yo no puedo saber lo que le da, pero sí me figuro lo que le quita...

JUAN.- Hasta la respiración le va a quitar. Porque estas pasiones otoñales son irresistibles.

GASPAR.- ¡Un hombre tan formal como el señor!  
¡Un señor tan cabal!... ¡Salirse, de pronto, a sus anos... con la tal Valentina!...

(Sacando un programa de un bolsillo.

...¡Que mírela el señorito con escote y con... el traje de luces!

JUAN.-

(Tomando el papel)

¡La misma! Valentina es ahora... Tina Valen, la estrella de la canción tunambulesca. Valen-Tina, Tina Valen... Todo es cuestión de nombre, Gaspar! Y aquí la tienes: animadora del Café del Parque.

GASPAR.-

¡Si no fuera más que del Café!... Pero es una cómica que se las trae.

(Con gesto un poco pícaro)

A mí también me hace cada escena!... Como sabe que no la trago, me quiere atraer con caramelos...

JUAN.-

Para que la tragues mejor.

GASPAR.-

...Y me tira de las patillas.

JUAN.-

Y tú, ¿le rechazas los caramelos?

GASPAR.-

Los caramelos, no; porque me gustan. Pero las patillas, quietecitas... porque se despegan.

JUAN.-

¿Qué?

GASPAR.-

Es el único avance del progreso que me ha convencido: las patillas de recambio. Unas, bien pobladas y de mucho abrigo, para el invierno; y éstas, ligeritas y



frescas, para la canícula. Y, por las noches, descanso como un rey; porque la dentadura la pongo en remojo, y las patillas las cuelgo de la perilla de la cama. Eres un progresista, Gaspar.

JUAN.-

GASPAR.-

(Riendo)

¿Manda algo más el señorito?

JUAN.-

Me faltaba la segunda pregunta. Hablarte de la otra señorita: de mi mujer.

GASPAR.-

¡Ah! De la Mano...

JUAN.-

Sí. De la Manolita, como tú le dices.

GASPAR.-

(Receloso)

¿Y en qué puedo ser útil al señorito en ese respectivo?

JUAN.-

¿Fue la señorita siempre lo mismo que ahora?

GASPAR.-

¡Siempre lo mismo! Desde así de chiquitina, el mismo genio retozón, los mismos ojos traviesos y la misma alegría para todo, que no parece sino que se ensancha el alma oyéndola hablar.

JUAN.-

Bien. Pero antes, de niña, sería obediente, respetuosa...

GASPAR.-

¿Gazmoña y timorata la Manolita? ¡Ni por pienso! Era un cascabel muy cascabelero.



Lo que nos habremos divertido; ¡lo que habremos reñido!...

JUAN.- ¿Reñir también?

GASPAR.- Pues, ¡claro! ¿Ha visto nunca el señorito dos que se quieran y que no riñan?

JUAN.- ¡Ah! No sabía...

GASPAR.- Un día... ¡aquello fué para no olvidarlo!... me tiró a la cabeza el tintero de la señora, que en gloria esté. Y me hizo un chichón como una berenjena.

JUAN.- ¿Y tú?...

GASPAR.- Yo, me la comí a besos.

JUAN.- ¿La berenjena?

GASPAR.- No. A la Manolita; ¡aquello era la gloria!

JUAN.- ¿La gloria, eh?

GASPAR.- Otro día... me echó por el cogote un vaso de agua fría.

(Ríe)

JUAN.-

(Dando un respingo)

Y eso, ¿tuvo también gracia?

GASPAR.- La tuvo; claro que la tuvo. Porque yo... no me lo esperaba.

JUAN.- Pues lo que tú no te esperabas, buen Gaspar, es lo que voy a decirte: que tu señorita, tu nina, aquel diablillo reto-

zón que hizo tus delicias y las de sus padres, es ahora un ser odioso...

GASPAR.-

(Sorprendido)

¿Qué?

JUAN.-

¡Intolerable!

GASPAR.-

¿Cómo?

(Indignado)

¡No puedo consentir!

JUAN.-

Y como yo no la puedo tolerar por más tiempo, os la voy a dejar otra vez a tu padre y a tí...

GASPAR.-

(Reaccionando halagado)

¿Qué?

JUAN.-

...Para que os volváis a embpbar con sus travesuras...

GASPAR.-

(Más ilusionado)

¿Cómo? ¿Es eso verdad?

JUAN.-

¡Con sus ridiculeces y con sus tonterías!

GASPAR.-

(Sin saber ya si enfadarse o reir.

Pero, ¿el señorito habla en serio?

JAVIER.-

(Entrando oportunamente por la izquierda. Lleva en la mano un sombrero blanco, de palma, que entrega a Gaspar.

No habla en serio, Gaspar. Habla con una

natural exaltación, hija de su juventud, de su temperamento y del calor. Porque el calor aprieta con ganas y es natural que todos nos acaloremos.

(Pausa)

¿Qué? ¿Almorzamos?

JUAN.-

Pensaba refrescarme un poco, con tu permiso...

(Señalando a la derecha)

JAVIER.-

¡No faltaba más! He traído un melón, que han puesto las chicas en hielo. Prepara la mesa, Gaspar, que traigo una gazuza más que respetable.

(Juan hace mutis por la derecha  
(y cierra la puerta. Se ha lle-  
(vado consigo la americana que  
(dejó en la silla.

También hay una botella de champagne:  
ponla a refrescar con el vino; pero no  
la traigas hasta que yo te la pida.

GASPAR.-

Bien, señor.

(Se dirige a la izquierda)

JAVIER.-

¡Oye!

(Gaspar se detiene. Javier se  
(acerca a él y baja la voz.

Dí a la señorita Mamuela que venga a al-



morzar; que la espero.

GASPAR.-

**(Confidencial)**

Hay cosas graves, señor.

JAVIER.-

No hagas caso. Son asuntos en primera instancia.

GASPAR.-

¡Ah! Pues no cabe duda de que los perdemos

**(Mutis)**

JAVIER.-

Para no perder hay que ser previsor... y hay que ser padre. Los niños jugaron a reñir y se pelearon como los hombres; pero al comenzar su partida terrible, los dos me enseñaron sus naipes. Mal jugador seré si, a cartas vistas, no les transformo su pelea en un juego de niños. Por lo pronto, encendamos: que se nos vean las caras y las intenciones.

**(Enciende las restantes lámparas o enchufes de la habitación.)**

Si hay algo oculto, que salga por las miradas; y si las miradas se transparentan, que lleguemos fácilmente, por ellas, al fondo de las almas.

**(A su hija, que entra por la izquierda, destocada, vistiendo un traje claro, elegante y senecillo.)**

Ven aquí, Manuela. Acércate más. Mirame a los ojos. ¿No ocultan nada los tuyos?

**MANUELA.-** Una tristeza muy grande; un desengaño sin remedio.

**JAVIER.-** Bien. Estás en el primer día de separación.

**MANUELA.-** Lo mismo estaré el último.

**JAVIER.-** Conforme. Porque el último puede ser el primero.

**MANUELA.-** **(Sentándose en un sillón)**

Tú no le das a mi desgracia toda su dimensión de eternidad.

**JAVIER.-** Mira, hija. En primer término, eso de la "dimensión de eternidad", no es tuyo.

**MANUELA.-** ¿Cómo?

**JAVIER.-** Lo has leído en alguna novelilla y lo aplicas ahora a tu desgracia. Y, en segundo lugar, no eres la primera mujer que se separa de su marido.

**MANUELA.-** Pero soy tu hija.

**JAVIER.-** Eso, sí. Es la primera vez que mi hija se separa de su marido.

**(A un movimiento de Manuela)**

¡No! No repliques. Tu preocupación no rima hoy con mis bromas y terminarías por



lloriquear otra vez. ¿Quieres fumar?

(A GASPAR, que entra empujando  
(un carrito con mantel, serville-  
(tas, platos, vasos, cubiertos,  
(etc.

Dale tu mechero, nombre; que el mío no  
funciona ni con gasógeno.

(Entrega a Manuela un pitillo.  
(Gaspar aplica su encendedor.

Este de Gaspar tiene su historia. ¿Te in-  
teresa la historia de un encendedor?

(Gaspar, entre tanto, lleva al  
(centro de la estancia la mesi-  
(ta cuadrada, pone en ella man-  
(tel y después, tres cubiertos  
(completos.

MANUELA.- Si quieres perder el tiempo contándola...

JAVIER.- Es breve, como el mechero: Mientras que  
su dueño nos pone la mesa.

MANUELA.- ¿A manera de aperitivo?

JAVIER.- Y entre dos volutas de humo. Ese encen-  
dedor lo compré en Coimbra; me lo vendió  
un comerciante turco, diciéndome: es  
fuerte, es seguro, lo tendrá usted toda  
la vida. Y, cuando vine, lo dejé tirado  
en el armario. Allí lo encontré éste; me  
lo enseñó, se lo regalé... y no le falla  
nunca.



MANUELA.- ¿Por qué?

JAVIER.- Porque ha sabido usarlo. Era fuerte, a prueba de golpes; era seguro... ¡no marrera una vez! Pero había que abrirlo con habilidad; había que tratarlo con paciencia. Yo no supe, o no quise... y lo abandoné. Y a Gaspar, ya lo ves, le hizo feliz. Es la historia de muchos encendedores y de muchas personas.

GASPAR.- Los señores están servidos.

JAVIER.- No hay más que hablar. Puedes traer el primer plato.

(Gaspar se va por la izquierda.  
(Javier va a la puerta de la  
(derecha, la abre y dice hacia  
(el interior.

Cuando quieras; ya espera el almuerzo.

JUAN.-

(Dentro)

Perdón.

MANUELA.-

(Poniéndose de pie, como movida  
(por un resorte.

¿Qué?

JAVIER.-

(Volviéndose sonriente a su  
(hija.

Que ya espera el almuerzo.

JUAN.-

(Saliendo y viendo a su mujer)

¿Eh?

JAVIER.-

(Sonriente)

Que el almuerzo nos espera a los tres y vamos a charlar un rato.

MANUELA.- Padre: ¿qué farsa es ésta?

JUAN.- ¿Qué encerrona me has preparado?

JAVIER.- Ni farsa, ni encerrona. Una mútua explicación conmigo, en torno de un cariño paternal.

JUAN.- Yo no conozco a esta señora.

MANUELA.- Yo ignoro quién es este caballero.

JAVIER.- ¡Mejor! Así comenzaremos todos a conocernos ahora.

JUAN.- Perdona, Javier; me voy. No puedo resistir la violencia de esta situación.

MANUELA.- Tiene razón, padre. Debe irse. Me iré yo, si él no se va.

JAVIER.-

(Imponiéndose)

¡No os váis ninguno! Estáis en mi casa, invitados por mí. Tenéis la obligación de ser correctos. Si no os conocéis, yo os presento; y las personas que yo presento, en mi casa, deben merecer toda vuestra consideración.

JUAN.- Pero comprende, Javier...

JAVIER.- ¡No comprendo nada! Haz el favor de apro-

ximarte.

(Juan le obedece)

Ven tú, Manuela.

(Haciendo las presentaciones)

Mi hija: la señorita de Robledo. Mejor  
dicho: la señora de Molina.

JUAN.- Todo esto es bufo.

JAVIER.- (Imponiéndose)

Trágico o bufo, yo te lo ruego.

(A Manuela)

El señor Don Juan Molina, Ingeniero de  
Caminos...

(En este momento aparece GASPAR  
(con una fuente servida y se de-  
(tiene junto a la puerta, sor-  
(prendido, contemplando la es-  
(cena.

MANUELA.- Caballero...

(Con una inclinación de cabeza)

JUAN.- Muy señora mía...

(Con una reverencia)

JAVIER.- Ahora, las manos.

JUAN.- (Tendiendo su diestra a Manue-  
(la, que le ofrece la suya.

Tengo mucho gusto en conocerla.

MANUELA.- El gusto es mío, caballero.

(Juan se inclina y besa, res-



(petuoso, el reverso de la mano  
de Manuela.)

GASPAR.-

(Sin poder contenerse)

Cuando los señores quieran.

JAVIER.-

¡El almuerzo! Yo ruego a mis queridos  
invitados que me acompañan en este acto,  
el más deseado y trascendental de nues-  
tra vida diaria.

(Indicando los puestos)

Tú, a mi derecha.

(A Manuela)

Tú, a mi izquierda.

(A Juan)

(Y él se sienta en el centro,  
dando frente al público. Manue-  
la y Juan le imitan en los si-  
tios indicados.)

¡Así! Sirve a la señorita, Gaspar.

MANUELA.-

(Que, al sentarse, ha reparado  
en el indumento de Juan, que  
ha doblado por encima del co-  
do las mangas de su camisa,  
se ha quitado la corbata y lle-  
va abierto el cuello.)

¡Un momento, papaito! Yo, con este caba-  
llero, no como.

JAVIER  
JUAN -

¿Qué?

(A un tiempo)

MANUELA.- ¿Cuándo te has sentado tú a una mesa sin

tu cuello abrochado, tu corbata bien puesta y tu americana como Dios manda?

(En efecto, Javier está correctamente vestido.)

JAVIER.-

(Contemporizante)

Pero el calor...

(Gaspar, paciente, espera, cuadrado. a que Manuela quiera empezar a servirse.)

MANUELA.- ¿Y para tí no lo hace? No son esas buenas maneras de venir a comer con una señora.

JUAN.-

(Que se ha contenido a duras penas.)

¿Puedo hablar?

JAVIER.- ¡Qué tontería!

JUAN.-

Cuando esa señora demuestra su feminidad, no tendré inconveniente en renunciar a mi incorrecto deportismo.

MANUELA.-

(Perturbada)

¿Y cual es mi falta de feminidad?

JUAN.-

Ese cigarrillo... más propio de un carretero.

MANUELA.-

¿Eh?

(En efecto, ella conservaba en la mano el pitillo.)

JAVIER.-

Se lo he dado yo. ¡De los míos!

JUAN.- Que eres un hombre, como los demás.

JAVIER.- (Convencido. a su hija)

Tiene razón. En eso, tiene razón.

MANUELA.- (Levantándose, airada)

Para que no la tenga, ¡se acabaron los cigarrillos... y las cajetillas!..

(Tira en un rincón la colilla  
de su cigarro y saca de su bolsillo una petaquita, que entrega  
a su padre.)

Toma, padre. ¡La grave culpabilidad de una mujer virívol!

JUAN.- (Levantándose en el acto)

¡Ahora, sí! Me ahogaré de calor, ¡me asfixiaré de calor!, pero... ¡ahora, sí!

(Se va rápidamente por la izquierda.)

JAVIER.- (Plácido)

¿Ves qué fácil? Se hace de él lo que se quiere:... es un manso cordero.

MANUELA.- (Volviendo a sentarse a la mesa)

Tolerando sus caprichos ridículos.

JAVIER.- O accediendo a sus gustos respetables.

MANUELA.- (A Gaspar, que sigue a su izquierda.)

¡Es un ser odioso!

GASPAR.- (Inclinándose. sin haber oído bien.)



¿Cómo dices?

MANUELA.- Que le odio, ¡que le detesto!

GASPAR.- (Felix)

Muchas gracias, nena.

JAVIER.- (Reconviniéndole)

¡Gaspar!

GASPAR.- (Estirándose de nuevo)

¡A las órdenes del señor!

JUAN.- (Que sale con su americana puesta, su cuello abrochado y terminando de ponerse la corbata.

¡Ya está! Y, si queréis, me pongo el smoking... ¡o el gabán de pieles! ¡No puedo hacer más!

(Al sentarse de nuevo a la mesa.

¡Muy señora mía!

(Con una reverencia)

MANUELA.- (Con otro saludo parecido)

Beso a usted la mano, caballero.

GASPAR.- (Obedeciendo a una señal de Javier.

¿Pueden los señores comenzar?

JAVIER.- Sirvete, Manuela.

(Con otro tono, más de orador)

Os decía antes, queridos hijos...

JUAN.- Te suplico que no pruralesces, para evitar

tergiversaciones.

**(Gaspar sigue sirviendo)**

JAVIER.- Os decía antes, querida hija y querido Juan...

JUAN.- Adelante.

! CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

JAVIER.- ...Que el almuerzo, -llámese comida, pisco-labis, ágape o banquete, - es uno de los actos más trascendentales de la vida. Para celebrar un acontecimiento familiar, para festejar un triunfo, para resolver un negocio o para enriquecer a un fondista, los hombres y las mujeres se congregan, desde que el mundo es mundo, alrededor de un pollo asado, de una langosta con salsa tártara...



JUAN.- **(Que acaba de servirse y empieza a comer.)**

O de unos huevos a la turca.

JAVIER.- ¡Cierto! O de unos huevos a la turca como estos, que están diciendo comedme.

JUAN.- ¡Estos son huevos a la turca! Bien condimentados, bien hechos...

MANUELA.- ¡Estos no son huevos a la turca!

JAVIER.- ¡Ah, no? Pues le harían feliz a mi amigo el ministro de Angora.



MANUELA.- ¡Estos son huevos a la florentina!

JUAN.- No, señora. Los nuevos a la florentina son escalfados; y estos, no. Estos tienen trufas y están batidos...

JAVIER.- Oye, oye... Que no te suponía yo tan fuerte en cuestiones culinarias.

MANUELA.- (Al sentirse vencida)

¿Lo ves, papá? Con un hombre así, es imposible la vida.

JUAN.- Tú me llevaste la contraria. ¡Si sabré yo lo que no son huevos a la turca!

MANUELA.- ¿Tú lo ves, Gaspar? Este hombre me insulta.

JAVIER.- (Al ver la cara de Gaspar)

¡Gaspar! ¡A la cocina!

(El criado desaparece con la fuente.)

JUAN.- Yo digo la verdad, Javier. Esta mujer hace unos huevos a la turca que no los conoce ni Mustafá Kemal.

MANUELA.- ¡Tú sí que no conoces la educación!

JUAN.- ¡Ni tú la discreción!

MANUELA.- ¡Ni tú el decoro!

JAVIER.- (Contemporizador. como antes)

Un momento, queridos míos: ¡ustedes se



conocen?

JUAN.-

(Reaccionando)

¿Yo? No tengo ese placer.

MANUELA.-

(Seca)

Ni yo esa suerte.

JAVIER.-

(Presentando)

La esposa de mi amigo Molina. El marido de mi hija Manuela.

(Inclinación de cabezas en los jóvenes. que comen luego, mientras que Javier habla.)

MANUELA  
JUAN.-

(Al mismo tiempo)

¡Tantísimo gusto!

JAVIER.-

¡Así!

(Reanudando el hilo de su interrumpido discurso.)

También los hombres y las mujeres, -iba a decir antes,- se reúnen en torno de un manjar,- llámese como quiera,- para dirimir rencillas sin importancia...

(Ante un gesto de protesta de los esposos.)

¡o terribles contiendas familiares! Hoy, por ejemplo, a nosotros nos reúne un pleito, un sencillito pleito, del que yo he de tratar separadamente con cada una

de las partes.

(Toma GASPAR y cambian los platos por otros limpios, volviendo luego a marcharse.)

Te he presentado, Manuela, al señor Molina. El señor Molina, distinguido Ingeniero con fama de simpático y de no mal parecido...

JUAN.- Gracias.

JAVIER.- ...Vino a Madrid y se enamoró de una señorita de nuestra clase burguesa: bien educada, creo yo; bien presentada, me parece a mí... y con todos los defectos y virtudes que suelen tener hoy las señoritas cuya vida consiste en no tener que ganarse la vida.

MANUELA.- ¿Dices que se enamoró?

JAVIER.- Se enamoró, sí. A mí me consta, porque él, más de una vez, me hizo objeto de sus confidencias. Yo advertí al señor Molina los peligros que, en estos tiempos caros y difíciles, tenía una aventura como la del matrimonio. Su novia podía ser caprichosa, podía ser gastadora, podía tener un carácter poco manejable...



MANUELA.- ¿Le dijiste todo eso, papá?

JAVIER.- Se lo dije... porque todos esos defectillos reunía, a mi juicio, la muchacha, más o menos vulgar, a quien el señor Molina consideraba como la suma y compendio de todas las perfecciones terrestres. El tenía la ilusión de moldear a su antojo a esa mujercita adorada...

(GASPAR ha vuelto con un plato  
(de carne asada y lo ofrece a  
(Manuela para que se sirva.

Anda, sírvete la carne, que todo es compatible.

(Manuela se sirve)

El tenía la seguridad de dominar ese temperamento poco cultivado... Y el casamiento se efectuó, por su parte, con toda suerte de pronósticos favorables. ¿Qué sucedió después? Yo lo ignoro; pero el señor Molina, aquí presente, me ha contado algunas de sus cuitas. Y de sus expansiones deduzco que no ha habido un solo contratiempo de carácter grave, que no hay nada fundamental que autorice sus terribles decisiones... y que, por lo mismo, es un pleito de muy difícil solución.



(Gaspar ha servido a Juan y  
(Javier sucesivamente y deja la  
(bandeja en el carrito. quedan-  
(do él retirado a cierta dis-  
(tancia.

MANUELA.- No lo entiendo.

JAVIER.- Un poco de paciencia.

(A Juan)

Ahora te corresponde a tí. Te he presen-  
tado, Juan, a la señorita de Robledo.  
Tú sabes que es mi hija, que la quiero  
como sólo los padres saben querer...

MANUELA.- Gracias.

JAVIER.- Y que vivía conmigo en Madrid una exis-  
tencia tranquila libre de afanes y de  
ambiciones. Un buen día conoció a un jó-  
ven distinguido, con todas las ingenuida-  
des y petulancias de los jóvenes que creen  
valer en cuanto valen para algo. Y, como  
tenía buena planta y sabía explicarse  
por derecho, se enamoró de él.

JUAN.- ¿Se enamoró?

JAVIER.- Se enamoró, sin duda. Me lo dijo a mí;  
a su padre...

MANUELA.-

(Nerviosa)

Yo no lo recuerdo.

JUAN.- Yo no he interrumpido antes.

JAVIER.- Verdad. Estoy en el uso de la palabra y debes soportar en silencio mi informe el señor Molina.

**(Volviéndose a Juan)**

Mi hija se enamoró del joven distinguido... y me pidió consejo. Yo se lo di con toda lealtad: me parecía el pollo muy pagado de sí mismo, muy poseído de su talento, muy seguro de su energía, y podía ser petulante y altivo, exigente y tacaño.

JUAN.-

**(Inquieto)**

¿Le dijiste todo eso, Javier?

JAVIER.- Se lo dije, y esa fué mi equivocación; porque bastó que yo hiciera todas estas objeciones, que presintiese todos estos peligros... para que ella se decidiese en su favor. Quería demostrar su superioridad ante él, convertirle en un sumiso esclavo de su juventud y su belleza...

MANUELA.- Yo no recuerdo eso.

JAVIER.-

**(Sin hacerla caso)**

¡Y se casó!

**(Gaspar sustituye los platos  
del asado por los del postre.)**

¡Se casó para llevarme la contraria entonces y llevársela más tarde a su ma-



rído! ¿Qué pasó luego? Apenas si lo sé. Pero ella ha venido a contarme sus desventuras... y mi diagnóstico no puede ser más pesimista: el asunto no tiene arreglo, porque se funda en causas baladías.

JUAN.- Entonces, ¿crees tú que no nos separa nada grave?

JAVIER.- Desgraciadamente.

MANUELA.- ¿Que nuestros disgustos no tienen importancia?

JAVIER.- Ese es el mal. Que es, sencillamente, una cuestión de amor propio.

MANUELA.- ¿Nada más?

JAVIER.- ¿Cómo nada más? Por amor propio han sucedido las mayores desgracias del mundo.

**(Pausa)**

Danos el postre, Gaspar, que hemos de endulzar nuestros paladares.

**(A Juan)**

Manuela se enamoró del señor Molina

**(A Manuela)**

y Juan se enamoró de la señorita de Robledo sin considerar que tenían también que quererse; es decir, que tenían que soportarse, que ayudarse y, que compren-



derse. ¡Lo váis viendo claro? Vamos, hija. Sirvele ese plato de crema a este caballero, que está deseando darme la razón.

(Manuela pasa a Juan el plato  
(de postre que acaba de servirse

¡Así! Siempre fuiste goloso; y ahora te parecerá más dulce esta crema.

JUAN.-

(Tomándolo)

Desde niño me gustan las natillas.

MANUELA.-

¿Qué? ¿Has dicho las...?

JUAN.-

Las natillas: que me relamo de gusto con ellas...

MANUELA.-

¿Has oído, padre?. Se relame con las na... con las natil..

JAVIER.-

Sí, hija: con las natillas.

MANUELA.-

Tú no lo digas, padre; ¡tú no lo digas! ¡Qué horror! No es posible; no lo será jamás.

(Apartando su plato y llorando)

¡Qué desgraciada soy!

(Se levanta)

JUAN.-

(Perplejo)

¡Tú lo vés, Javier? ¡Histerismo! ¿Qué haces con una hística? Todo tu brillante informe de letrado, destruido por unas

miserables yemas de huevo con azúcar.

**(Viendo que Manuela se sienta  
en el sofá lloriqueando.)**

Yo ahora me acercaría para consolarla;  
pero tengo miedo de caer otra vez en su  
ridículo. Yo le diría: "No seas tonta,  
nena; no tienes derecho a gimotear..."

**(A Javier)**

¿Gimotear es de recibo?

**(Javier afirma)**

No tienes derecho a gimotear cuando  
te rodean un padre que te quiere y un  
marido que creyó que te quería, te abo-  
rreció más tarde, y ahora no sabe si te  
adora o te odia, ni si ambas cosas son  
una cursilería."

MANUELA.-

**(Con suavidad, dejando de llo-  
rar.)**

Yo no digo nada.

JUAN.-

**(Acercándose al sofá lentamen-  
te.)**

Podré ser cursi en algunos instantes; po-  
dré parecerte duro ó incorrecto otras ve-  
ces, mostrarme poco generoso quizás, lo  
reconozco; pero tú, Manuela, no puedes  
dudar del cariño de un hombre que te en-



tregó su porvenir jubilosamente.

(Ha llegado junto a ella)

Tú sabes que, en mis sueños de luchador, el premio era la mano que me tendías para sostenerme.

(Manuela, sentada y sin mirar-  
(le, ofrece su diestra a Juan  
(que la retiene entre las suyas  
(y se sienta al lado de ella  
(amorosamente. A partir de es-  
(te momento, el diálogo de ma-  
(rido y mujer, se va entorne-  
(ciendo, subrayado por gestos y  
(ademanos. Javier y Gaspar se  
(miran; el primero, complaci-  
(do; el segundo, indignado...  
(hasta un momento en que el  
(criado hace mutis. -después de  
(recoger la mesa-, con el carri-  
(to, quedando solo ante la me-  
(sita el dueño de la casa, que  
(va fingiendo poco a poco un so-  
(por, que se transforma en sue-  
(ño, interrumpido a su tiempo  
(por algún oportuno ronquido.

Y es cruel renunciar a un premio ganado en buena lid cuando al pecho le sobran ánimos para el camino y esperanzas para el combate.

MANUELA.- Yo soñé también que llegabas a mí con alas de protección y afán de cariño.



JUAN.-

Aquel día del Club Alpino, ¿te acuerdas? Corríamos juntos sobre nuestros skis ambiciosos; ni yo sabía quien era aquella Diana deportiva, ni tú habías reparado en mí; pero, en aquella curva pronunciada, tus fuerzas flaquearon y por tu mirada pasó un relámpago de angustia. Yo comprendí y acudí en tu socorro; salvé tu situación. Luego, en el Club, cuando me diste, risueña, las gracias, cambiamos nuestros nombres... y supe que era antiguo amigo de tu padre.

MANUELA.- Mi padre...

**(Mirando a Javier)**

Se está quedando dormido...

JUAN.-

No descansó apenas esta noche.

MANUELA.-

Trabaja mucho; no sosiega.

**(Javier, que sostiene la cabeza entre sus manos, mira con el rabillo del ojo a los reconciliados esposos, que se van considerando solos en la estancia.)**

JUAN.-

En el Club, al amor de la lumbre, conociste el cuento del cazador furtivo.

MANUELA.-

Me lo contaste con toda tu intención.

JUAN.-

Con toda la intención de un hombre que

desea encender en los ojos que le miran una llamarada de interés. Me mirabas así; como ahora.

MANUELA.- Desde entonces no he vuelto a escucharlo.

JUAN.- Era un cazador, que andaba sin guías ni permisos tras la alimaña del monte. El confiaba a la maravilla de su rifle la seguridad de su tiro. Prefería la caza mayor, porque luego traficaba en pieles y porque, en la lucha con las fieras, su ánimo y su cuerpo se robustecían.

MANUELA.- Pero un día se equivocó.

JUAN.- Se equivocó. Y en vez de jatar un ciervo, que le desafiaba con su cornamenta complicada, hirió a una pobre gacela, de ojos húmedos y suplicantes.

MANUELA.- Entonces el cazador cuidó a la gacela herida.

JUAN.- Ponía en su pata rota bálsamos calientes..

MANUELA.- (Sonriente)

Y ponía...

JUAN.- ¿Qué otra cosa ponía el cazador en la gacela?

MANUELA.- Ponía besos prolongados que despertaban en ella débiles quejidos de gratitud.



JUAN.-

(Mirando enamorado a su mujer)

Quejidos y besos del cazador y la gacela.

MANUELA.-

(Entregada)

De la gacela...

JUAN.-

Y el cazador...

(Van a besarse. Pero Javier,  
(que ha seguido con rápidos gest-  
(tos picarescos el amoroso colo-  
(quio, juzga que ha llegado el  
(momento de interrumpirlo y ron-  
(ca oportunamente. Los jóvenes  
(esposos se quedan petrificados,  
(como dos novios sorprendidos.

Tu padre otra vez.

MANUELA.-

¿Mi padre?

(Han quedado con las manos co-  
(gidas.

JUAN.-

Tu padre, que ha dado un ronquido.

MANUELA.-

(Soltando las manos de él y  
(como despertando.

¡Mi padre no hace eso!

JUAN.-

Pues, hija; ahora roncaba.

MANUELA.-

Respiraba fuerte nada más.

(Subiendo el tono)

JUAN.-

Pero resoplando como una ballena.

(Idem)

MANUELA.-

(Levantándose del sofá)

¡En mi casa no resopla nadie!



JAVIER.-

(Que se pone también de pie al  
(ver el nuevo sesgo de la es-  
(cena.

JUAN.-

Depende de las circunstancias, Manolita.  
Cometí el grave pecado de decir que ron-  
cabas.

(Me)

JAVIER.-

Y yo, sin duda, el de hacerlo.

MANUELA.-

No me comprendéis. Ríe, Juan: ríe cuanto  
quieras, porque no me comprenderás en la  
vida.

JUAN.-

(Ya serio)

¿Lo estás viendo, Javier?

(En este momento irrumpe en es-  
(cena VALENTINA, seguida por  
(GASPAR, desasosegado y nervio-  
(so.

VALENTINA.-

Le he dicho a usted que es inútil: el  
señor Robledo está en casa... y en su  
despacho, como puede verse. ¡A mí con his-  
torias!

GASPAR.-

Está en su despacho; pero está con visita.

VALEN.-

(Simulando sorpresa)

¡Ah! Eso es otra cosa. Perdone usted, se-  
ñor Robledo. Si estorbo, me voy. Comprende  
do que no son horas para asuntos profesio-  
nales.

JAVIER.- Estoy con mis hijos en una sencilla charla de sobremesa.

VALEN.- Pero... Tendrán ustedes que hablar.

JAVIER.- ¡Nada de eso! Lo tenemos todo hablado.

**(Presentando)**

Mi hija Manuela... El señor Molina, mi yerno...

**(Saludos)**

JUAN.- Si han de tratar de asuntos de la profesión...

VALEN.- Otro día...

**(Cambiano de tono y afectando contrariedad.)**

¡Qué enojoso y violento es llegar a un sitio inopinadamente! Perdone usted, señora.

MANUELA.- Nada de eso. Siéntese. ¿Querrá tomar con nosotros una taza de café?

VALEN.- **(Sentándose)**

Convencida.

MANUELA.- Sirve el café, Gaspar.

**(Gaspar desaparece)**

VALEN.-

**(Que extrae del bolso su petaca)**

¿Un pitillo?

MANUELA.- Gracias. No fumo.

JAVIER.- En esta casa no fuma nadie más que yo.

(A un movimiento de ella)

Pero yo, después de comer, me permito un habano.

(Saca, en efecto, un cigarro y lo enciende. Hay una pausa embarrasosa. Valentina fuma, Javier también. Manuela prepara la mesa para el café, y Juan pasea.)

JUAN.-

(Por decir algo)

Bueno, bueno, bueno...

VALEN.- ¡Qué calor!

MANUELA.- Es un día de bochorno.

JAVIER.- "¡La tormenta é vichina"!

JUAN.- Este Madrid, cuando se carga la atmósfera, es irrespirable.

JAVIER.- ¡Quién fuera tú! Mañana, en Bilbao, te vas a las Arenas... y ¡ya no te acuerdas de nada!

VALEN.-

(A Juan)

¿Se va usted a Bilbao?

MANUELA.- A Andalucía creía yo.

JUAN.-

(A Valentina)

Marcho esta noche a Bilbao... si ustedes no disponen otra cosa.



VALEN.- ¿Usted es el señor Molina? ¿Don Juan Molina?

JAVIER.- Ya se lo he dicho: mi yerno.

VALEN.- Ya, ya... Pues, francamente, creí no encontrarle aquí.

JUAN.- ¿No? Pues... ¿dónde iba a estar?

VALEN.- no sé; me habían dicho... ¿Don Juan Molina, verdad?

MANUELA.- (Un poco impreciente)

Si, señorita. Mi marido.

VALENTINA.- Ya, ya... Me habían dicho, - no sé, - que debía estar en Barcelona.

MANUELA.- ¿En Barcelona? ¿Y qué se le ha perdido a Juan en Barcelona?

JUAN.- nada que yo sepa.

VALEN.- Usted estuvo en Barcelona... si no me han informado mal.

MANUELA.- De soltero. No nos conocíamos.

VALENTINA.- Ya, ya... Me parece recordarle algo ahora. ¡Es el mundo tan chico!...

JUAN.- No tiene nada de extraño. Frecuenté salones, teatros, boites... ¿Usted acaso vivió también allí?

VALEN.- Una temporada. ¿No me recuerda? Una chica alta, morena...

JUAN.- Pero, ahora...

VALEN.- Soy rubia, es cierto. No tiene importancia. Las mujeres perdemos el color del pelo con tanta facilidad como los hombres pierden la memoria.

JAVIER.- (Interviniendo)

Los hay olvidadizos; en eso tengo que darle la razón. Pero yo opino que una cara como la de usted no se olvida tan fácilmente.

JUAN.- Recordar, recordar... Entre las abonadas del Liceo no sería, digo yo.

VALEN.- (Sintiéndose ofendida)

Si quiere usted afinar la puntería, no tenga inconveniente en poner su mirada muy por debajo.

MANUELA.- ¡Señorita!

JUAN.- No he pretendido molestar.

JAVIER.- (Viendo aparecer a GASPAR con el servicio del café.)

¡El café! ¿Lo quiere usted con azúcar, Valentina?

(Al ver que ella, pensativa, no contesta.)

Valentina...

MANUELA.- (Sirviéndola)

Dos terrones. ¿Le parecen bien dos terrones?

(Valentina sigue sin contestar.)

Pero, ¿qué es eso? ¿Llora usted?

VALEN.-

(Reaccionando)

¿Yo? ¡Qué tontería! ¿Por qué? ¿Por la humillación de ese caballero? No vale la pena.

JUAN.-

Yo quise decir...

VALEN.-

Es inútil...

JUAN.-

(Que se siente francamente incómodo por la violencia de su situación.)

Acaso tenga usted razón.

(Yéndose hacia la puerta de la izquierda.)

Con permiso de todos, me retiro.

VALEN.-

(Poniéndose de pie y cambiando el tono.)

¡No! ¡Eso, no! ¡No te consiento que te vayas, Juan!

MANUELA  
JAVIER.-

¿Eh?

(Juan se detiene junto al mismo quicio de la puerta.)

VALEN.-

No te consiento que te vayas, cuando tienes que recordar algunas cosas.



JUAN.- (Reconviniéndola)

¡Valentina!...

VALEN.- ¿Ves?

(Remedándole)

¡Valentina!... Ya nos vamos entendiendo.

JUAN.- (Que avanza)

¿Qué te propones?

VALEN.- Nada. Que recuerdes sencillamente.

JUAN.- Yo no tengo que recordar necho alguno de que me avergüence.

MANUELA.- (Respirando)

Pero, por lo visto, la señorita...

VALEN.- La señorita se va a permitir hablar a este caballero en nombre de una amiga de Barcelona.

JUAN.- No sé a qué puedes referirte. Y en todo caso, no es este el lugar.

JAVIER.- (Que se ha sentado en su sillón, tras de la mesa de despacho.)

¡Eso! No creo, señorita de Ochoa, que sea este el lugar adecuado para traer, al seno de un hogar venturoso, recuerdos de aventuras pasadas.

VALEN.- ¡Aventurilla secucir a una infeliz muchacha, pintándole todo un mundo de deli-

cias eternas?

JUAN.- ¡Yo?

VALEN.- ¡Aventurilla dar el ser a una criatura inocente que lleva en su rostro los rasgos inconrundibles de su paternidad?

JUAN.- (Exaltado)

¡Eso no es cierto! ¡Te has vuelto loca, mujer?

VALENA.- ¡Aventurilla abandonar a madre e hija, negando apellidos y sustentos, muyendo como lo hace un salteador, negándose a contestar carta tras carta... y, si te he visto, no me acuerdo?

JUAN.- ¡Qué horror! Yo sería un hombre infame, si fuese verdad todo eso. No lo creas, Manuela. ¡No lo creas, Javier!

JAVIER.- ¡A esto ha venido usted, señorita de Ochoa?

MANUELA.- (Llorando)

¡Qué horror!

JAVIER.- ¡A eso ha venido?

VALEN.- Perdón. Me ha cegado la pasión; el cariño entrenable que siento por esa amiga desgraciada. No he tenido en cuenta el dolor que producía...

JUAN.- ¡Con falsedades! ¡Con inventos!

VALEN.- Tú sabes, Juan, que he dicho el Evangelio. Pero he causado un daño, es verdad. Ya hablaremos en otro sitio; con más... calma. Ustedes perdonen; ya me voy...

MANUELA.- No, señorita. Ahora yo le suplico que se quede. Me ha destrozado usted el alma; pero mi deber me dicta el ruego de que me aclare usted algo muy interesante para mí.

(A Juan, que intenta hablar)

No protestes, por favor. ¿No me ves tan tranquila? ¿Quien sabe si la aparición de esta señorita ha sido para nosotros providencial! Ya tenemos base para fundamentar nuestras conductas; ya la tengo yo, al menos.

VALEN.- ¿Qué quiere usted saber que no haya dicho antes?

MANUELA.- El detalle de... esas relaciones.

VALEN.- (Mirando a Javier)

No sé si debo...

JAVIER.- Dígalo todo, señorita de Ochoa. Todo lo que sepa. ¡Sin vacilar!

MANUELA.- El nombre de esa desgraciada.



VALEN.-

(Después de una vacilación)

Clara Domínguez.

JUAN.-

(Que se ha sentado en una silla  
(abrumado y que no puede ahora  
reprimir una exclamación.

¿Eh?

MANUELA.- Su... profesión...

VALEN.- No es conocida. Vive con su madre; co-  
se, escribe a máquina...

MANUELA.- Edad de... la niña...

VALEN.- Niño.

JUAN.-

(Como antes)

¿Cómo?

VALEN.- Cuatro años.

JUAN.- ¡Mentira! Esta mujer te engaña. ¡Pruebas!

VALEN.- Pruebas, no tengo aquí. Pero puedo ense-  
ñar una carta que no deja lugar a dudas.

JUAN.- ¿Una carta? ¿Qué carta, Valentina?

VALEN.- ¿Temes ya que la enseñe?

MANUELA.-

(Desolada)

¿Qué es ésto, Juan?

JUAN.-

No temo nada; pero no puedo soportar  
esta situación. Si de una vulgar amis-  
tad de soltería pretendes sacar parti-  
do para obtener...

JAVIER.- ¿Qué?

JUAN.- ...Para obtener... compensaciones inadecuadas, equivocaste el procedimiento. Habla cuanto quieras con esta señora y con su padre, díles cuanto inventes... y ya te buscaré yo esta noche para que nos veamos las caras.

JAVIER.- Esta noche, ¿no te vas a Bilbao?

JUAN.-

(Enérgico)

Lo que yo haga esta noche, Javier, es de mi exclusiva cuenta. ¡Buenas tardes!

(Mutis por la izquierda)

VALEN.-

(Llorando)

Es un farsante...

MANUELA.- Pero la carta...

VALEN.- La traeré mañana; para que usted se convenza.

MANUELA.- ¿La conserva usted?

VALEN.- En mi equipaje; me acompaña por donde voy... ¡No sabría desprenderme de ella!

(Vuelve a llorar)

MANUELA.-

(Acercándose a ella)

Un favor...: ¡Un solo favor, Valentina!

VALEN.-

(Alzando la cabeza)

Mande, señora.

MANUELA.- Esa mujer, esa amiga engañada...

(Valentina mira a Javier; ante  
asiente con la mirada; enton-  
ces Valentina baja los ojos.

¿Usted, verdad? Debí figurármelo... Y...  
ese hijo?

VALEN.- Con mi madre...

MANUE.- (Como al principio)

¡Qué horror!

(Va a sentarse, vencida, al so-  
fá.

JAVIER.-

(Levantándose ahora del sillón)

¡Hasta aquí hemos llegado!

(Llamando)

¡Gaspar! ¡Gaspar! Señorita de Ochoa: Ya  
habló usted, quizás demasiado, con mi  
hija. Ahora es conmigo, exclusivamente,  
con quien debe explicarse.

(Como antes)

¡Gaspar!.

(A Manuela)

Ve a tu cuarto, hija mía.

(A GASPAR, que entra por la iz-  
quierda.

Acompaña a la nena, que está un poco in-  
dispuesta...



**GASPAR.-**

**(Desconfiado)**

¿Por culpa de quién?

**JAVIER.-**

Por mi culpa, Gaspar; no indagues.

**GASPAR.-**

**(A Manuela)**

Pero, niña, ¿qué es ésto?

**MANUELA.-**

Yo te explicaré; soy muy desgraciada, Gaspar.

**(Se apoya en su brazo y se dirige hacia la puerta de la izquierda.)**

**GASPAR.-**

**(Mirando con malos ojos a Valentina.)**

Alguna mala pécora habrá sido.

**JAVIER.-**

**(Al ir a hacer mutis Manuela)**

Un beso... ¿No me das un beso?

**(Manuela cae en brazos de su padre; y él la besa.)**

**MANUELA.-**

Gracias, padre... Y tú... no te disgustes...

**(Se va acompañada por Gaspar)**

**JAVIER.-**

No, mi nena.

**(Al quedar solo con Valentina, cambia de pronto la expresión de su rostro y en voz baja, pero expresiva, dice a aquella.)**

¡Bien, Valentina! ¡Muy bien! ¡Una gran comediante!

VALEN.- Un poco crueles , Javier. ¿No te parece?

JAVIER.- El cauterio quema, pero cura. He tenido que operar en mi propia carne.

VALEN.- ¿Y mi reputación? ¿Y mi sacrificio? Hemos ido demasiado lejos.

JAVIER.- Lejos, muy lejos... Pero allí, ¡tan lejos!, tienen ellos segura la felicidad.

T E L O N



CARLOS MORENO  
Copista Teatral  
MADRID, 28, 1.º B  
TEL. 77488  
MADRID



JUAN Y MANUELA



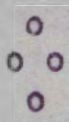
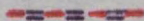
ACTO TERCERO.



JUAN Y MANUELA



ACTO TERCERO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

## ACTO TERCERO

---

Las cinco de la tarde del mismo día en que transcurren los anteriores actos. Y en el mismo lugar de acción. Los ventanales, abiertos de par en par; pero por ellos no entra rayo alguno de sol. Está nublado. Sin embargo, la claridad es evidente, y la diafanidad del ambiente, más aún. Se supone que pasó la tormenta y el sol vuelve a brillar, allá a lo lejos.

---

(En escena, MANUELA y GASPAR.  
(Los dos, sentados en el sofá.  
(Suena un trueno lejano.

**MANUELA.-** A mí las tormentas me dan miedo todavía.  
¿A tí, no?

**GASPAR.-** Eres muy niña. Cuando sigas creciendo, ¡ya verás lo que consueñan! Y estas tormentas de la ciudad, son de juguete!

**MANUELA.-** ¡No digas! Que la de ahora...

**GASPAR.-** ¡La de ahora! Cuatro truenos gordos, cuatro chispas que van a caer, como corde-



ritos en cuatro pararrayos; un poco de lluvia... ¡y hasta otra! ¡Aquellas tormentas de la aldea, en pleno monte!

(Otro trueno más lejos)

MANUELA.- Pues, ¿qué ocurría?

GASPAR.- Donde caía un rayo, ¡varias muertes seguras!

MANUELA.- ¡Jesús!

GASPAR.- El castigo del cielo, sin tribunales y sin indultos. Y siempre con justicia, eso sí. Por eso, en los campos, las gentes son buenas; porque le temen al castigo del cielo! ¡Allí podía haberte pasado ésto!

MANUELA.- ¿Qué dices?

GASPAR.- A estas horas, el señorito Juan ¡liqui-  
dao!

MANUELA.- ¡Gaspar!

GASPAR.- ¡Justicia, señor, justicia! ¿No ha sido un infame, que te ha engañao... después de engañar a la otra? ¡Pues que lleve su merecido! ¡Si me dejaran a mí!...

MANUELA.- No insistas, Gaspar. Se marchó... ¿Quieres mayor castigo que el de su conciencia?

Además, la engañada fué ella; a mí, des-

pués de todo...

GASPAR.-

(Asonbrado)

¿Qué? ¿Y todo lo que has florao? Dos horas que llevo consolándote... ¿y ahora le disculpas?

MANUELA.- No le disculpo, porque no lo merece.

GASPAR.- ¡Ah, bueno!

MANUELA.- Pero dos horas son muchos minutos para reflexionar y voy viendo con claridad una porción de cosas.

GASPAR.- Dime, Manolita.

MANUELA.- Primero, que es mentira que tú me quieres.

GASPAR.- ¡A mí no me digas esas cosas! ¡A mí?...  
¡Que soy capaz...!

MANUELA.- Que eres capaz de todo, menos de alegrarte de que pueda ser feliz.

GASPAR.- ¿Ibas a ser feliz con... ese monigote?

MANUELA.- ¿Y tú qué sabes? Ha sido preciso un golpe tan grande como el de hoy, para que yo me dé cuenta de todo lo que es para mí. Las pequeñas diferencias de carácter me exasperaban: su educación, distinta de la mía, su eterno afán de imponer su criterio, me parecían insoportables, y había empezado a odiarle y a desear



apartarme de él para toda la vida.

GASPAR.- ...Que es lo que él estaba buscando.

MANUELA.- ¡No me lo digas, Gaspar! El no buscaba eso porque se puso de todos los colores cuando esa... desgraciada le acusó. Y se rué... por no poder resistir el ridículo frente a mí, porque a mí, -¡sábelo, Gaspar!-, no me ha engañado. Engañó y abandonó a la pobre Valentina. A mí sólo me ocultó un detalle de su vida pasada.

GASPAR.- Un detalle, que tiene cuatro años.

MANUELA.- ¿Y qué? Desde que me conoció, desde que se casó conmigo, me ha sido fiel. Y si esa Valentina es, como dices, una artista que va de café en café, zurciendo canciones e hilvanando amigos, no será tan difícil, con un poquito de dinero, alejarla de España... y pedirle que nos deje su niño.

GASPAR.- ¿Pero, piensas?...

MANUELA.- Prohijarla. ¿Por qué no? Tú sabes que yo no puedo tenerlos. Lo más parecido a un hijo de Juan y mío, será siempre un hijo de Juan. ¿Qué dices a ésto?

GASPAR.-

(Levantándose, desconcertado)

Que ahora es cuando te has vuelto loca.



Vamos, vamos... ¡Una niña en esta casa!

MANUELA.- ¿Y si fuera mía?

(Se levanta también)

GASPAR.- ¡Eso es otra cosa! Si fuera tuya, sería parecida a tí; a aquel diablillo que se sentaba sobre mis piernas y me tiraba de las patillas.

MANUELA.- (Tirando suavemente de ellas)

Como a hora.

GASPAR.- ¡No! Como ahora, ¡no; que pueden despegarse.

MANUELA.- Pues... como entonces: cuando yo te tiraba de las patillas, ¿qué significaba?

(Mirándole muy cariñosa)

GASPAR.- Que querías un caramelo. Pero ya no tengo caramelos.

MANUELA.- ¿Y... qué más?

GASPAR.- Que querías algo, sin que lo supieran tus padres.

MANUELA.- Pues... eso mismo me ocurre ahora,

(Dándole un nuevo tironcito)

Anda, Gaspar.

GASPAR.- ¿Que ande?

MANUELA.- Anda, Gaspar; sé bueno conmigo.

GASPAR.- No te entiendo, niña.

MANUELA.- Anda a buscarle; búscale donde sea, dile que necesito hablarle; que estoy muy ofendida, pero que necesito hablarle; que estoy resuelta a romper con él definitivamente, pero que necesito hablarle...

GASPAR.- ¿Tú lo has pensado bien?

MANUELA.- ¿Es que no quieres? ¿Es que temes que nos entendamos?

(Mientras que ella habla. Él  
(se va emocionando.

¡Ingrato! ¿Es que crees que, porque sea yo feliz con mi marido, voy a dejar de quererte y de mimarte? ¡No, Gaspar! Ya pasaron los días de la luna de miel; ahora vendrás tú a mi casa o nosotros no nos marcharemos de aquí. Nuestra vida se reglamentará; y yo tengo un corazón muy grande para querer al mismo tiempo a mi marido, a mi padre y a este abuelito de portal de Belén que me tocó en una rifa. ¡Ah! Y a esa niña, que tú, -¡nadie más que tú!-, me ayudará a educar. La daremos caramelos y la cuidaremos y la regañaremos.

GASPAR.- La regañarás tú. Yo, no sirvo.



MANUELA.- Y le contaremos esos cuentos que ahora no tienes a quien contar.

GASPAR.- (Hecho jalea)

Porque ya eres moza.

MANUELA.- Y para todo eso...

GASPAR.- (Embelesado)

¿Qué?

MANUELA.- Para que sea verdad todo eso... ¡es preciso que vayas a buscar al señorito Juan!

GASPAR.- (Como despertando)

¡Ah! Es verdad. Estará en su oficina; habrá ido buscando la soledad...

MANUELA.- Quizás lo encuentres con mi padre.

GASPAR.- No. El señor se marchó con... la Valentina. Oí el portón cuando se marchaban.

MANUELA.- Ve a buscarle, Gaspar. Dile que le odio, que le detesto...

GASPAR.- Bien.

MANUELA.- Que nuestra separación es irremediable...

GASPAR.- Sí...

MANUELA.- Que la calidad de su ofensa hace imposible una reconciliación...

JUAN.- (Apareciendo por la izquierda)

Pero que, antes, es necesario que hablemos.



GASPAR.- ¡Eso!

MANUELA.-

(Sorprendida)

¿Has escuchado?

JUAN.-

Sus últimas frases; y como coinciden en absoluto con mi modo de pensar y con la resolución que me ha traído a esta casa, aquí me tienes Manuela.

(A Gaspar)

Ya no tienes que buscarme; y te prometo que seré muy breve.

GASPAR.-

¿Manda algo más el señorito?

JUAN.-

Que en vez de avisarme a mí, digas al señor que aquí le espero, para despedirme correctamente de él.

GASPAR.-

A las órdenes del señorito.

(Mutis por la izquierda)

MANUELA.-

(Después de una pequeña pausa)

¿Para qué has vuelto?

JUAN.-

Porque sabía que me esperabas. Porque te debo una explicación después de la serie de infamias de que he sido víctima, sin poder defenderme. Porque he escapado como un culpable y has podido formar de mí una idea que no merezco.

MANUELA.-

Y ¡la voy a modificar con una explica-

ción?

JUAN.- Acaso. Lo de menos es nuestra vida futura. Nos hemos equivocado; chocan nuestros caracteres y no nos entendemos. ¡Conformes! Pero no tiene que ver nada de eso con el concepto que mutuamente formemos el uno del otro.

MANUELA.- ¡Conformes! Nuestro matrimonio fué una tremenda equivocación; lo hemos visto tarde. El... lamentable incidente de antes no ha tenido ya demasiada importancia.

JUAN.- Para mí, sí; porque se trata de mi conducta. Esa señorita ha dicho una sarta de embustes, fundada en algunas verdades.

MANUELA.- Así lo creo, Juan.

JUAN.- Yo en Barcelona, de soltero, hice una vida... como muchos, ¡como todos los jóvenes de mi carrera y condición a quienes gusta decir un piropo a una mujer bonita y a quienes halaga tener partido en todas las mujeres! ¿Es esto un pecado?

MANUELA.- Para mí, no. Sigue.

JUAN.- Conocí allí a un grupo de chicas, con quienes alterné, con quienes llegué a



tener cierta intimidad... ¡Nada más, eh?

MANUELA.- Valentina, entre ellas.

JUAN.- Sí: Valentina. Pero, en esto, te he dicho la verdad: con quien tuve un flirt, con quien tonteeé acaso más de lo discreto, fué con una amiga suya.

MANUELA.- ¿Con ella, no?

JUAN.- ¡Qué disparate! Ni me pasó la idea por las mentes, ni ella me hubiera llamado nunca la atención.

MANUELA.- Siempre pensé que eras hombre de buen gusto.

JUAN.- Por eso me casé contigo.

MANUELA.- Sigue, Juan.

JUAN.- Aquella mujer se parecía a tí.

MANUELA.- ¿A mí?

JUAN.- ¡Naturalmente! Bella, distinguida, con ojos expresivos, con cierto aire dominador, con voz de arrullo... ¡Me cautivó!

MANUELA.- ¡Claro!

JUAN.- Me cautivó, Manuela, lo confieso. Y como era buena y cordial, enérgica y afectuosa, yo la hubiera hecho mi esposa.

MANUELA.- ¿Por qué no lo hiciste?

JUAN.- Porque... la perdí para siempre.



MANUELA.- ¿Se fué?...

JUAN.- (Después de una pausa)

Murió.

MANUELA.- (Con espontaneidad)

Entonces... ¿no tiene madre?

JUAN.- ¿Qué madre?

MANUELA.- ¿Quién va a ser? ¡La niña!

JUAN.- ¿Qué niña?

MANUELA.- La niña... de esa mujer adorada. ¡Cuatro años! Ya lo oíste antes.

JUAN.- Esa es la infamia inexplicable de Valentina, que ha procedido por despecho. Esa mujer... adorable, no pasó de ser un delicioso flirt. ¡Ya te lo he dicho!

MANUELA.- (Desilusionada)

¿no hay nina entonces?

JUAN.- (Sincero)

¡Ni la hay ni la pudo haber! Creeme, Manuela. Yo tendré todos los defectos que quieras; pero soy un caballero. Seré grosero, egoísta, exigente, ¡cursi!, pero no una mala persona. Soy incapaz de abandonar a una mujer engañada y menos de olvidar y no atender a una infeliz criaturita... que no hubiera tenido cul-

pa de nada.

MANUELA.-

(Angustiada)

¿Es cierto eso, Juan?

JUAN.-

¡Como la luz que nos alumbró! Si esa mujer me hubiese dejado una niña, ¿crees tú que yo me hubiera dirigido a tí, ¡ni a nadie! sin hablarle con claridad? Y a tí, cuyas condiciones sabía, ¿no te hubiera dicho con franqueza de caballero leal:

"Aquí tienes este montoncito de carne y de rosa. ¿Quieres ser su madre? ¿Quieres que hagamos su eterna felicidad?

MANUELA.- Pero... No hay niña.

JUAN.-

No hay niña. ¡Te lo juro!

MANUELA.-

(Espontánea)

¡Qué lástima!

JUAN.-

(Asonbrado)

¿Qué?...

MANUELA.-

Que yo me había ilusionado ahora con esa niña.

JUAN.-

¡Ahora... que nos vamos a separar?

MANUELA.-

Ahora precisamente. Esa niña hubiese sido mi consuelo.

JUAN.-

Me la hubiera llevado conmigo.

MANUELA.-

¡No! Me la hubieras dejado como compen-



sación de tu infamia y como recuerdo.

JUAN.- Pero... no hubo infamia.

MANUELA.- No la hubo.

**(Pausa)**

¡Qué lástima!

JUAN.- **(Como antes)**

¿Qué?

MANUELA.- **(Rompiendo a llorar)**

¡Es horroroso esto que nos ocurre!

JUAN.- ¿No me crees?

MANUELA.- Porque te creo, lloro. Desaparece el dolor grande, de donde nacen, con la resignación, nuevas esperanzas, y volvemos a enfrentarnos con las mimucias y con las boberías, que nos hacen la vida insopor-  
table.

JUAN.- **(Perturbado)**

¿De modo que hubieras preferido un ser degenerado moralmente a un hombre normal?

MANUELA.- No, Juan. Me aferraba al cariño de esa criatura desconocida como a una tabla de salvación. Había visto claro, como tú, que nada grave había antes entre nosotros; y me sentía orgullosa de combatir ahora, con arrogancia y convicción, el único im-



pedimento que a los ojos del mundo nos desunfa.

**GASPAR.-**

**(Entrando por la izquierda)**

. Con el permiso de los señoritos.

**JUAN.-** Dí, Gaspar.

**GASPAR.-** El señor no está... donde yo suponía; ni en la Peña, ni en otros sitios a dónde le he llamado.

**MANUELA.-** Entonces... ¿me ha dejado sola?

**JAVIER.-**

**(Abriendo la puerta de la derecha y saliendo de su cuarto de "toilette".)**

Sola, no. Con tu marido. Era necesario que tuviéseis, solos, una explicación.

**JUAN.-** Pero inútil.

**MANUELA.-** Inútil, porque volvemos a encontrarnos donde estábamos.

**JAVIER.-** ¡Eso os parece! Estáis de acuerdo en todo. No os falta más que la niña.

**JUAN.-** ¿Lo has oído?

**JAVIER.-** Como en las comedias.

**MANUELA.-** No has dicho nada, padre: ¡la niña no existe!

**JAVIER.-** ¿Y quién te ha dicho que no existe?

**MANUELA.-** ¿Quién va a ser? ¡Su padre!

JAVIER.- Y tú, pobre ingénua, te lo has creído.

MANUELA.- ¡Naturalmente!

JUAN.- ¡Pues no faltaba más! ¡Hasta ahí podían llegar las cosas!

JAVIER.- **(A Juan)**

¿Y has contado, para negario, con la madre?

JUAN.- Mira, Javier. Tengamos la fiesta en paz.

MANUELA.- La madre... murió.

JUAN.- Pero... ¡si no hay tal madre!

MANUELA.- ¡Eso!

JAVIER.- **(Yendo al teléfono y señalando un número.)**

Eso te figuras tú, desdichada.

JUAN.- ¿Qué pretendes ahora?

JAVIER.- Contestar a tus subterfugios con la verdad escueta.

JUAN.- ¿Una verdad tuya, escandalosa?

JAVIER.- **(Va a contestarle con alteración; pero se contiene y le dice, tapando con la mano derecha el micrófono del aparato, que sujeta con la izquierda.)**

Luego me dirás en qué verdad me amparo.

**(Al aparato)**



¿Es usted, Valentina? Sí: yo... Es preciso un nuevo favor, un nuevo sacrificio. Aquí dudan de que exista la niña.

JUAN.-

(Interrumpiendo)

¡Sostengo que es una invención!

JAVIER.-

No dudan: ¡niegan su existencia! Y, como usted puede probar lo contrario, yo la suplico, Valentina, que la envíe aquí a casa, para que su padre pueda estrecharla entre sus brazos.

JUAN.-

¿Que yo pueda estrecharla?... ¡Esto ya es gracioso!

JAVIER.-

(Todavía al teléfono)

Es necesario, sí. Le enviaré un coche a buscarla. ¡Y tenga confianza en mí!

(Deja el aparato)

¿Lo escuchaste, Gaspar?

(Gaspar asiente con la cabeza)

Toma un taxi... ¡y a casa de la señorita Valentina!

(Gaspar hace mutis)

Pronto saldremos de dudas. Gaspar, enemigo del progreso, volará en un auto y nos resolverá el problema.



MANUELA.-

(Un poco desconcertada)

Papá: te encuentro, no sé por qué, demasiado alegre.

JAVIER.-

¿No sabes por qué? ¡Es clarísimo! El único impedimento verdad que se alzaba para vuestra paz, no es impedimento. Se había convertido para tí en una ilusión. ¡La vas a ver convertida en realidad! ¿No es para alegrarse? Gracias, Juan, por tu previsión y tu clarividencia.

JUAN.-

(De mal humor)

¡A mí déjame de bromas! Siento ya no haber sido un desalmado sin escrúpulos y sin vergüenza. A estas horas obtendría un perdón sin límites en pago de un padrón de ignominia.

MANUELA.-

No, Juan. Ya voy creyendo que tienes razón. En tus palabras descubro un acento de sinceridad que no puede engañarme y bendigo todo este incidente porque me ha servido para ver toda la calidad moral de tu persona.

JUAN.-

Pero... esa niña...

MANUELA.-

Vosotros diréis... cuando venga... si es que viene. ¿Hablará ya?

JUAN.- Calculo que sí: a los cuatro años yo sabía leer.

JAVIER.- Yo aprendí el francés... y luego se me olvidó.

MANUELA.- Pues yo voy sospechando que te quieren hacer víctima de un chantage (1). Que intentan colgarte una niña ajena para que sea amparada con tu nombre honrado.

JUAN.- Pero, ¿con qué objeto? ¿El despecho de una mujer no puede llegar a tanto?

JAVIER.- ¿Cómo el despecho?

JUAN.- Esta mujer, por lo visto, no me miró con malos ojos. Yo la traté con afecto; pero nada más; y llegaría a concebir unas esperanzas que fallaron.

MANUELA.- Papá: ¿esa mujer no puede entrar en esta casa!

JUAN.- ¿Temes aún?

MANUELA.- ¡Con fundamento!

JAVIER.- Esa mujer manda sólo a su hija. ¿No la habéis oído hablar de sacrificio?

JUAN.- Por teléfono.

JAVIER.- Por teléfono la he convencido yo de que

---

(1) Pronúnciese shantaye.



el sacrificio es necesario.

MANUELA.- Cierto. ¿Nos la manda, entonces, por unos días?

JAVIER.- Para que la conozcáis, para que no dudéis de ella y para que yo se la devuelva lo antes posible.

MANUELA.- No veo el sacrificio.

JAVIER.- (Prestando oído)

¡Calla! Parece que ha parado un coche.

(Acude al ventanal del fondo)

En efecto: ellos son.

JUAN.- ¿Ellos?

JAVIER.- La niña y Gaspar. ¡Nuestro viejo servidor metido en estos trotes!

(A Manuela, que va también a  
asomarse.)

Ya han entrado.

(Tomando un tono jocoso y, al  
mismo tiempo, declamatorio.)

Señoras y señores: está a punto de caer el telón, porque la farsa termina con la llegada de una realidad viva y palpitante.

(Dirigiéndose hacia la izquierda.)

Llega, Gaspar; tráenos la solución de es-



te tremendo problema de familia. ¡Cuidado, no tropieces! ¡Así!

GASPAR.-

(Entrando)

Ni he sabido venir más deprisa ni la pude traer con más mimo.

(Gaspar sostiene en sus brazos  
(el rico envoltorio de un niño  
de pecho que, entre las ropas,  
llora.)

MANUELA.- Pero, ¿qué traes, Gaspar?

GASPAR.- Pues, ¿no lo ven los señores? Una niña.

JUAN.- ¿Una niña... de cuatro años?

JAVIER.- De cuatro meses. Hubo, sin duda, un error de interpretación.

MANUELA.- ¿Una niña... casi recién nacida? ¿Qué dices ahora, Juan?

JUAN.- Que sigo ignorándolo todo y que sigo sin explicarme nada.

(A Gaspar)

¿Quién te ha dado esta... criatura?

GASPAR.- La señorita Valentina.

JUAN.- ¿Reía?

GASPAR.- Lloraba.

(Manuela y Juan se miran)

JUAN.- ¿Qué te dijo al dártela?

GASPAR.- Que se la entregue a los señores... y que, luego, cuando pueda ser, se la devuelva.

MANUELA.- ¿Puedo mirarla?

(A Javier)

JAVIER.- Para eso ha venido.

GASPAR.- (Con ternura cómica)

¡Y que es más rica!... Unos hoyos tiene en los carrillos que son talmente los de la Manolita... dicho sea con perdón.

MANUELA.- (Acercándose)

A ver... ¡Qué encanto! Es un sol de criatura!... Mirala, Juan... ¡Mirala, padre!

GASPAR.- A mí, en el coche, me ha sonreído...

JAVIER.- (Que no se ha movido de su lugar.)

Le habrás hecho gracia con las patillas.

JUAN.- (Que se ha acercado también)

Tiene razón Gaspar: estos hoyitos... ¡me da pena mirarla! ¿Qué vida, qué desventuras la esperan?

MANUELA.- (A Javier, como antes)

¿Puedo cogerla en brazos?

JAVIER.- Para eso ha venido.

MANUELA.- Dámela, hombre. Tú no sabes tenerla.

GASPAR.- ¿Que no? ¡Más cómoda y más satisfecha que



está! Tómalas, pero con cuidado; que me las han encomendao a mí y soy el responsable.

(Se la entrega a Manuela, que la coge amorosamente.)

¡Ajá! Esta no es una muñeca, Manolita; que fíjate cómo me deja las manos.

MANUELA.-

(Embelesada, mirando a la niña)

¡Dios te bendiga, sol del cielo!

(A Juan)

¿No es tuya, verdad?

JUAN.-

Lo siento con toda mi alma, pero no es mía.

MANUELA.-

Parece que quiere reírse. Acércate más, que le has chocado.

JUAN.-

(Volviendo a aproximarse)

Por una nena así... no sé.

MANUELA.-

Se ríe... ¡Se ríe! Te ha conocido, ¡Merecías ser su padre!

JUAN.-

(Apartándose)

¡Por caridad!

(A Javier)

¿Para qué has querido que la traigan?  
Para poner ante nuestros ojos la imagen  
de nuestro imposible? ¿Para despertar sentimientos  
que teníamos dormidos? ¿Para



obligarnos a prohiar un ser desconocido?

JAVIER.- Sencillemente, para daros una lección...

JUAN.- Gracias.

JAVIER.- ...Y para asegurar, si queréis, vuestra felicidad.

JUAN.- ¡Felicidad con una pobre niña, que me consta que no es mía y que me recordará siempre la perfidia de una mujer desdenada?

JAVIER.- Siempre, no. Porque hay que devolverla ahora.

MANUELA.- **(Que no ha cesado de mirar y hacer fiestas a la niña.)**

¿Devolver? ¿Quién piensa en eso? Defiéndela, Juan!

JUAN.- **(A Javier)**

¿Lo ves?

JAVIER.- Antes de llegar tú, Manuela le decía a Gaspar: lo más parecido a un hijo de Juan y mío, será siempre un hijo de Juan.

JUAN.- Eso tenía lógica y eso la honra a ella. Pero esta niña... Una extraña, de una cualquiera...

JAVIER.- ¡Aguarda!

(Va al aparato telefónico)

MANUELA.- ¿Otra vez al teléfono?

JAVIER.- No hay más remedio.

MANUELA.- Yo no suelto a la niña. ¡Defiéndela, Juan!

JAVIER.- (Que hizo funcionar el aparato)

¡Valentina!... Es preciso. Ya estamos arribando al final. Ha llegado el momento de que tu hija tenga definitivamente nombre.

MANUELA.- (Extrañada)

¿La tutea?

JAVIER.- (Al teléfono)

Un nombre honrado y respetable. ¿Cómo dices? ¿El mío? No. Ya sabes que eso no puede ser. Sería mi ridículo y tu oprobio.

MANUELA.- (A Juan, por Javier, en voz baja.)

¿Suya?...

JAVIER.- Pero, para mis hijos, que no pueden tenerlos, lo más parecido a un hijo de Juan y de Manuela,... es una hija de Javier.

(Con voz tenuemente velada por la emoción.)

De este Javier, respetable y cincuentón,



que tuvo un instante de debilidad en su declive otoñal y se acoge al cariño de sus hijos para que amparen este ser desgraciado, que Dios ha puesto en su camino, para fortalecer su unión y dar un sentido a su deber...

MANUELA.- ¡Padre mío!...

JUAN.- ¡Con alma y vida, Javier!

JAVIER.- Sí, Valentina. Ellos sabrán ser los padres que ni tú ni yo podemos ser. Fué necesaria una breve farsa y es imprescindible tu sacrificio. Tú renuncias a todos tus derechos de madre. Ya la daremos su forma legal. Dispondrás de todo lo prometido y podrás volar por esas tierras, con el consuelo de haber procurado un bien y con la alegría de que tu hija gozará del nombre honrado que exigías y será siempre, siempre, feliz... Gracias, gracias, chiquilla. Luego iré por allí...

(Deja el aparato con la sensación  
(del que ha realizado un enorme  
(esfuerzo.

¿Qué me decís ahora? ¿Me perdonáis?

MANUELA.- ¡Padre!



MANUELA.- ¡Padre!

JUAN.- Nos hiciste felices.

JAVIER.- Lo vuestro era fácil de arreglar: riña sin importancia, nube de verano... Juan y Manuela.

(Suenan un trueno más lejano que los del comienzo del acto.)

¿Oís? La tormenta se va alejando. Lo mío era diferente: requería una urgente solución, y Dios puso vuestras trivialidades en mi mano para que yo afrontase mi problema.

MANUELA.- Seré para ella una madre...

(Con cariño, tomándole una mano.)

Si Juan me autoriza.

JUAN.- Será nuestra hija, que nos llovió del cielo.

JAVIER.- Y tú, Gaspar, ¿no dices nada?

GASPAR.- ¡Que a mí el señor no me la ha dao! Ya me maliciaba yo algo de este respectivo.

MANUELA.- Padre: ¿me dejas que la bese?

JAVIER.- ¡Para eso ha venido!

MANUELA.- (Besándola con efusión)

¡Gloria! ¡Gloria bendita! ¡Mi gloria!

JAVIER.- Dale un beso en mi nombre también.

MANUELA.- ¡En nombre... del abuelo! ¡Gloria, gloria bendita!...

(Sigue besándola)

JAVIER.- ¿Un abrazo, Juan?

(Juan le abraza conmovido)

¡Dios te lo pague!

(Gaspar, embobado, contempla el  
(cuadro.

T E L O N





ES. JEN. MORENO  
Copista Teatral  
MURCIA, 28. 1.º B  
TEL. 77488  
MADRID